

ALFREDO RUBIO DE CASTARLENAS

LA AVENTURA DE EXISTIR

22 HISTORIAS CLÍNICAS

-progresivas-

DE

REALISMO EXISTENCIAL



4ª edición
Barcelona, 2004

© Editorial Edimurtra, SA
Girona, 5, pral. 2a
08010 Barcelona
Tel./fax: (00-34) 93 317 73 84
edimurtra@edimurtra.com
www.edimurtra.com

Diseño y compaginación: Edimurtra, SA

Depósito Legal: B-7375/2004
ISBN: 84-86062-95-0

TAPIZ

TRES ÍNDICES

En una pequeña ciudad italiana, grande en arte, visité un taller de estudio y conservación de *arazzi*, de tapices. Usaban las más científicas y modernas técnicas. Me mostraron un tapiz grande, pesado, grueso, que estaban investigando precisamente aquellos días. Lo tenían colgado de una fuerte barra metálica que hacía un giro horizontal desde uno de sus extremos sostenida por un robusto pivote de la pared, como la varilla de un abanico, y ello permitía contemplarlo tanto por su cara como por el dorso.

Representaba varias figuras semidesnudas en primer término, destacadas sobre unos paisajes bellísimos de montañas, cascadas y árboles; sus colores eran densos y sobrios. Al contemplar luego el tapiz por el envés, se sentía una gran impresión. Adivinábanse, como no, las mismas figuras y paisajes, pero los colores eran distintos. Multitud de hilos de colores vivos, crudos —rojos, azules, verdes—, daban al conjunto como un aire más alegre, sorprendente, más actual incluso, trascendental.

Lo expresé así a los especialistas que me lo mostraban. Sonrieron.

Llevándome frente a unos amplios paneles en las paredes de otra estancia, me dijeron:

— Pues vea las fotografías que hemos hecho de su entramado mediante radiaciones, en planos de décimas de milímetro de separación entre uno y otro; algo así como las fotografías que hacen ustedes, los médicos. Las grandes fotografías, resultantes de ensamblar las de todos los

sectores del tapiz, de un mismo plano, permitían ver el ir y venir de los hilos de oro y de plata que parecían ser como la fina osamenta que sostuviera todos los demás hilos casi invisibles sobre el fondo negro.

También aquí se reconocían las figuras y todo su entorno, dibujadas esquemáticamente como con finos trazos de tiza, sobre una pizarra.

Pues bien, si tratamos de ver el conjunto de este libro como un tapiz, las historias que nos narra podemos contemplarlas, primero, en directo; por la cara que ofrecen, sin más, al mundo. Son las historias de la vida, de los pensamientos de Regina, de Mario, de Graciela, de León, de Jorge... con sus rasgos más característicos.

Pero también podemos tratar de descubrir el entramado de su existir: los hilos de oro y plata del ser y de su poder no ser, de sus límites y su contingencia; lo que dará pie a percibir, en clave óptica, esas mismas historias, pero más por dentro. Esta especie de radiografías existenciales, es lo que constituye el Índice Segundo, guía para una relectura más honda. Y podemos, en fin, observar este tapiz de narraciones, por su envés. Veremos en él, los mismos personajes pero como transfigurados; llenos de un nuevo colorido, más vivo y gozoso. Como si descubriéramos el olvidado palpitar mismo de su corazón.

Esto es lo que ausculta el índice tercero, en clave de aceptación y alegría, para una comprensión más definitiva y global de esos personajes reales que viven en este libro.

I.- CARA DEL TAPIZ

	Introducción:	I. Leve historia de estas historias.....8 II. Un hecho extraño
Historia Cero	— Alfredo:	Mi propia sorpresa13
Historias:	1ª — Carmen:	El otro hijo de un aborto17
	2ª — Adela:	Cálida fruta de la avaricia20
	3ª — Martín:	Asco de vivir25
	4ª — Regina:	I. La acomplejada30 II. Lo imposible III. Lo imposible es imposible
4ª bis	— Moncho:	El que no tenía que llegar37
	5ª — Máximo:	La frontera41
	6ª — Nacho y Concha:	I. ¿Asesinos?45 II. La espera de un sí
7ª	— Mario:	I. Su propio origen50 II. También a la espera de un sí
	8ª — Graciela:	Los otros58
9ª	— Octavio:	Los fantasmas inútiles64
10ª	— Duclos y Gómez:	Con Napoleón al fondo70
11ª	— Pepe y Paco:	Con Marx al fondo75
12ª	— Ricardo y Ana:	I. Las dos montañas86 II. Los niños del Sudeste III. Historia de otro modo
		El derecho a nuestro vivir -1.96
		El derecho a nuestro vivir -2.99
13ª	— Carlos:	¿Violencia resolutive?107
14ª	— León:	Paternidades115
15ª	— Raúl Alfonso:	Tres enfermos122
16ª	— Julián:	La impotestad128
17ª	— Renato, Victorio, Olegario:	I. Soledad y encuentro134 II. Diálogo
		Su duda matemática141
18ª	— To-wo-hú, Germán:	Su verdad146
19ª	— Gemma, Dionisio:	Unísonos151
20ª	— Antonio:	
21ª	— Jordi:	
22ª	— Plutarco, Daría, Jimena:	

II. – URDIMBRE

en clave de Ser:

- Historia Cero — Podía yo no haber sido
- Historias: 1ª — Ser a contracorriente
- 2ª — Ser gracias a los defectos (y cualidades)
- 3ª — Casi no querer ser
- 4ª — Ser pero de otros
Ser pero diferente
Diferente al menos ahora
- 4ª bis — Ser y vivir
- 5ª — Dejar de ser
- 6ª — Quitar el ser
- 7ª — Darse el ser
... por no darse aún la relación
- 8ª — Son como son
- 9ª — Siempre existirán otros
- 10ª — Nuestro ser y el pasado
- 11ª — Nuestro ser y las clases
- 12ª — El ser común
Ser a pesar de todo
Ser siempre renacido
- 13ª — Ser en plenitud – 1
- 14ª — Ser en plenitud – 2
- 15ª — La destrucción del ser
- 16ª — Concausas analógicas del ser
- 17ª — Tres modos de ser deficientes
- 18ª — Ser responsable de sí
- 19ª — Todo ser es centro
Todos tenemos razones
- 20ª — La sorprendente entraña del ser concreto
- 21ª — El bien del ser
- 22ª — El lenguaje del ser

III. – ENVÉS

en clave de aceptación y gozo:

- Historia Cero — De vivir
- Historias: 1ª — De los hechos cercanos anteriores
- 2ª — De los padres
- 3ª — De llegar a «hablar»
- 4ª — Del origen
De la manera
Y del hoy
- 4ª bis — Del casi no origen
- 5ª — Del gran límite
- 6ª — Del gran límite en los hijos
De esperar con esperanza
- 7ª — De recibir la vida
De esperar con la misma esperanza
- 8ª — De los contemporáneos
- 9ª — De vivir para el presente
- 10ª — De la Historia
- 11ª — De nuestra condición natal
- 12ª — De la igualdad
¿Hasta de una única mirada?
De empezar siempre de nuevo
- 13ª — De vivir las convicciones
- 14ª — De vivir los sistemas
- 15ª — De convivir a pesar de todo
- 16ª — De la corresponsabilidad
- 17ª — De ver nuestros precipicios
- 18ª — De no tener más
- 19ª — De anhelar lo concéntrico
De coincidir las voluntades
- 20ª — De la riqueza de lo real
- 21ª — De la verdad del bien
- 22ª — Del amor

INTRODUCCIÓN

- I. Leve historia de estas historias
- II. Un hecho extraño

- I. Sobrevolando Sonora hacia México-D.F., escribo estas líneas. Lo que trato de expresar en ese manojito de 22 Historias, es algo que sentí hace años en mi primera venida a este continente americano. Como ahora, lo recorría también de Norte a Sur. Lo que entonces vislumbré, maduró lentamente y afloró primero sólo en cordiales conversaciones, luego en un artículo para una revista de mi Barcelona natal (A.S. Mayo 1968), y últimamente en algunas colaboraciones en lengua vernácula en periódicos de Cataluña.
- Pero ahora, durante mi estancia en Hermosillo –esa recia capital normexicana–, es como si el cohete hubiera estallado a distintos niveles en inesperados chispazos, multiformes, de distintas coloraciones. Y no solamente en las cotas de la persona, familia, historia; sino también en las de lo social, político, ético.
- Estos capítulos los he escrito con buscada brevedad. Espero que a pesar de ello insinúen, al menos, la recóndita riqueza que hay, a mi ver, en ese Realismo Existencial.
- Quizá por mi condición de médico y profesor he preferido hacerlo a través de unas como «Historias Clínicas», es decir, pedagógicas: que sirvan para ser transmitidas y de guía al reflexionar. Además no son, no, ficticias.
- II. He comprobado un hecho un tanto extraño. Al hablar con bastantes personas del tema subyacente en todo este libro –*que cualquier cosa distinta de las que incidieron en nuestro origen habría ocasionado que no existiéramos*–, algunas lo

entendían enseguida; captaban además, con facilidad, la gran importancia de este principio en la transformación de actitudes propias, así como la novedad de sus consecuencias. Otros individuos, en cambio, parecían no comprender la cuestión y menos aún las repercusiones: ¡no entendían ni el sentido obvio de los enunciados con ser evidentes!

Y no es que se tratara de personas menos dotadas o cultivadas. ¿Por qué, pues, esta diferencia?

Es sabido que cuando una cosa *no nos gusta o nos contraría*, nuestro subconsciente pone barreras a nuestra atención y comprensión; incluso nos resistimos a aceptar la mera existencia de esta cosa... así resulta más cómodo justificar, ante nosotros mismos, nuestra *no aceptación*.

Pero aunque este fenómeno haya podido darse en algunos de mis interlocutores, no creo que haya sido la causa más frecuente de su incompreensión.

Mejor creo que quienes tan prestamente han entendido, es porque poseen una, digamos, *disposición especial*. Es como tener, por ejemplo, aptitud para la música. Los que la poseen disfrutan con ella: saben cantar, afinan, tienen memoria para las melodías, ¡hasta interpretan de oído! Otros son negados para todo ello.

Aquellos amigos míos a los que este planteamiento de *realidad existencial* les choca y lo rechazan (en aras de filosofías platónicas, religiones orientales o pseudoincompatibilidades teológicas, o incluso sin saber porqué) tendrán, a no dudarlo, idoneidad para pensar y trabajar con provecho en otros diversos campos, quizá también en pro del bien común.

A los primeros, los que sientan, la sorpresa de entender estas Historias, les pediría que no las olviden; que las dejen crecer y madurar en su interior y las cuenten a muchos (¡son reseñas clínicas!); por lo menos a aquellos que las necesiten con urgencia.

Creo sinceramente que quienes las conozcan y comprendan hallarán más gozo en la vida. Firmarán la paz consigo mismos y con otros. Y ellos mismos y esos otros se lo agradecerán. Quizás igualmente se lo agradezcan algún día, incluso los que no las entendieron... o algunos que no quisieron acabarlas de entender.

¡Cierto que comprometen demasiado!

¿Demasiado?

No. Lo justo. Pero es mucho.

Es también inesperadamente alegre.

A MODO DE PRÓLOGO

HISTORIA CERO

Alfredo: podía no tener
ninguna edad.

HISTORIA NÚM. CERO

Nombre	Alfredo. Yo. Un ser humano, según creo.
Edad	La de empezar a mirar las cosas por segunda vez, con nuevas preguntas.
Datos	Barcelonés. Siglo xx. Vivo con pasión esperanzada, las últimas zancadas de este siglo.
Historia	<p>Mi padre, casi todavía adolescente, determinó ir a vivir a la ciudad. Tiempo más tarde, allí conoció a mi madre. Si él no hubiera tomado aquella decisión, habría continuado entre sus valles y cotos. No se habría encontrado con mi madre. Yo... no existiría.</p> <p>Antes de mi engendramiento, en efecto, si algunas cosas (aunque pudieran parecer irrelevantes) hubieran ocurrido distintamente de lo que en realidad aconteció, habrían impedido las condiciones precisas para que empezara a existir ese algo que sería yo. ¡Cualquier hecho por nimio</p>

que fuera! Que mi padre hubiera declinado, por apetecerle más ir a otro sitio, la invitación a la fiesta donde se le cruzó por primera vez mi madre... O luego hubieran fijado la boda para un tiempo más tarde... O después, aquel día, porque se hubieran enfurruñado, no hubieran hecho el amor...

Cuando pienso, siento, que ciertamente podía yo no haber existido, un estremecimiento implacentero, me recorre la médula de mi ser.

Y casi a la vez, en una oleada contraria, gozo la exultante alegría de ser, de existir...

Jugó el aire conmigo por primera vez, en una casa-chaflán de Barcelona. Las dos calles a las que daban sus balcones, tenían nombres de ámbitos de lengua catalana: Mallorca, Girona.

Al aprender a mirar, el mundo se me acababa en las solemnes y silenciosas casas de enfrente... y en un cercano solar que alcanzaba a ver desde mi terraza; un espacio para mí misterioso, lleno de hierba y zarzas, engastado (como aquella brillante piedra verde en el aro de un anillo de mi abuela), en el pavimento de la calle Girona y del Paseo Diagonal.

Un día empezaron a construir allí un edificio. Muchas mañanas, entresacando mi cabeza por los balaustres de la baranda, miraba y miraba el prodigio de ver crecer nada menos que otra casa. Contemplaba el subir de su propia osamenta de hierro.

Esa casa y yo estábamos allí, creciendo. Antes, ni ella ni yo, éramos.

Ahora nos mirábamos. Yo, con los párpados abiertos asombrados, atentos. Ella, tranquila, a través de sus ventanas aún sin postigos.

Sí. Hoy percibo que yo podía no haber nacido aunque se hubiera construido aquella u otra casa en el terreno que unos hombres desbrozaron presurosos de matorrales, pisando su hierba verde, verde.

¡Sí; qué gozo existir! Haber contemplado olorosamente una magnolia, haberme estremecido muchas miradas mirándome... rozarme una palabra amiga... esculpir unos proyectos. Haber visto en mi principio surgir una casa...

Veo por mi piel, mi cuerpo todo, que tengo, sin embargo, que precaverme: que esta alegría de «estar» no me torne tan ebrio que me olvide por el hecho de vivir, que podía no haber sido.

Soy algo que antes ni era. Que empezó a ser. Que ahora estoy siendo. Un día –¿una noche?– sé que cesará este modo de vivir.

Lo recuerdo siempre, pero no me importa.

Vivo.

PREMISAS

HISTORIA 1ª

Carmen: madre frustrada

HISTORIA 2ª

Adela: hija que se cree
frustrada

HISTORIA NÚM.1

Nombre	Carmen.
Edad	25 años.
Datos	Y casada. Y un hijo de tres largos años (los años en la niñez parecen siempre más largos).
Historia	<p>Maruca, como la llaman, llevaba de nuevo unas cuantas semanas embarazada. Un mediodía quiso adornar su hogar colgando otro cuadro. Subióse a una silla. Su marido, llegando, la llamó. Al querer bajar –acaso precipitadamente–, la silla se deslizó e hizo que la mujer cayera de bruces. El golpe recibido provocó poco después el aborto.</p> <p>Consternación en la familia. El diminuto feto tenía ya toda su configuración humana: sus manos, sus ojos, su sexo...</p> <p>Restablecida, a los dos meses volvió a quedar encinta.</p>

Más precavida, no acometió nada que hiciera peligrar ésta su tercera gestación.

Dio a luz sin contratiempo. Era otro varón.

Años más tarde, este hijo, al enterarse del aborto que había sufrido su madre antes de ser engendrado él, pudo exclamar:

«¡Qué suerte para mí que mi madre quisiera colgar aquel cuadro, se cayera, abortara! Así poco después fui yo engendrado. Existo.

Si mi madre no se hubiera golpeado, aquel embarazo habría seguido su curso. Aquel feto habría nacido. Mis padres tendrían hoy aquel hijo. A mí no me hubieran podido engendrar.

Tiempo más tarde, quizás les nacieran más hijos. Pero yo ya no existiría en jamás de los jamases.

Yo, cuando sucedió aquella desgracia, no existía y por ello no fui causa de lo que ocurrió. No soy nada culpable de ello. Tampoco podía yo, entonces, lamentarlo y menos, evitarlo. Los hechos fueron como fueron; y constituyeron un bien para mí. Puedo legítimamente alegrarme ahora –lo cual es lógico para mí– ya que habiendo sido lo que ha posibilitado mi existencia y por ello mi alegría no causa, por otra parte, mal a nadie, ni a mis padres ni a aquel niño no nato que fue innacido al margen de que yo existiera o no. Más aún, yo también pudiera no haber nacido si las circunstancias poste-

riores a aquello, hubieran sido otras. Y hoy incluso, soy además un consuelo para mi familia; y ni las alegrías o las tristezas del vivir de ahora, pueden hacer bien o daño a aquel hermano malogrado.

Es metafísicamente inútil que yo dijera que preferiría que mi hermano hubiera podido llegar a nacer, ya que yo entonces «no era» para poder preferir nada ni ser sujeto de generosidad alguna. Mi aventura de existir empezó luego y tengo que aceptar gozoso el pasado –sea cual fuere– que es el que ha posibilitado de modo preciso mi existir.»

Aquella interrupción involuntaria y violenta de la gestación, para los padres fue entonces ciertamente una tristeza. Para el niño, concebido y no nato, fue una incongruencia. Mas para este hijo presente, ha sido un bien. Posibilitó en efecto, su radical tesoro: existir.

HISTORIA NÚM. 2

Nombre	Adela.
Edad	17 años.
Datos	Así de breves –y vibrantes– su nombre y su juvenil juventud.
Historia	También breve y tensa. Se queja con desdén de que su padre es mezquino. Da poco dinero a la familia. No quiere que nadie malgaste. Lo que le da los fines de semana para sus diversiones es sumamente escaso... ¡Y ella tiene avidez de vivir!

A esta muchacha, teniendo sus manos entre las mías para ayudarla a aceptar lo que iba a decirle, le charlé:

- Alégrate de que tu padre sea avaro.
- ¿Por qué? –sorprendida me preguntó ella.
- Porque si no fuera avaro, tú no existirías.

Adela levantó sus cejas interrogadoras. Seguí:

— Naturalmente. Tu padre fue mezquino desde pequeño, ¡él es así! Y este modo de ser condicionó sus amistades, sus relaciones... Por todo ello el transcurso de su vida fue como ha sido.

Y naciste tú.

Si desde la infancia hubiera tenido él otro carácter, habría trabado otras amistades; su vida se hubiera deslizado por otros cauces. Tú... no existirías.

¡Has de alegrarte, pues, de que tu padre haya sido avaro! ¿Lo entiendes? Así su vida fue como fue. Así, Adela, de ojos que me miran perplejos, has nacido.

* * *

Adela es lista. Después de unos momentos en que quedó ensimismada, retirando sus manos de las mías, levantó la cabeza y, como en un reto, exclamó:

— Bien, sí, lo entiendo. Vale. Me alegro de que el viejo fuera un rácano cuando era joven. Así yo he nacido. Pero yo... ¡yo ahora ya existo! Ahora me machaca que siga siendo avaro. Su avaricia, ahora, ni es causa de que yo exista ni es necesaria para que yo siga existiendo.

Dejó pasar unos instantes en silencio. Luego, suavemente, le dije:

- Sé coherente, Adela. Es un contrasentido que te alegres de que tu padre fuera avaro, porque así has podido nacer, y no soportes que lo siga siendo. Pues esto no es más que una consecuencia lógica de haberlo sido. Él es cómo es. *Si no fuera avaro ahora, no lo habría sido entonces. Y tú..., no existirías.*
¡Claro que la aceptación por tu parte de su defecto, no te ha de llevar a una actitud pasiva!

Cogiéndole de nuevo las manos, continué:

- Harás muy bien en plantearte: ¿qué puedo hacer yo algo, realmente posible, para que mi padre sea en adelante menos avaro o hasta deje de serlo?
Si realmente puedes hacer algo, ¡hazlo! Hazlo, al menos, para corresponder de alguna manera a aquél por quien te vino tanto: tu mismo ser. No temas; eso no será gratitud servilista. Es puro axioma existencial. Hazlo, también, para intentar tú misma ser más feliz si logras eliminar de tu padre ese defecto.
Pero si realmente no puedes hacer nada útil para cambiarle, soporta con donaire, paciencia y hasta con ternura, las consecuencias de «esa cosa» —la avaricia— que es causa de tu máxima alegría: ¡existir! Aguanta con júbilo esta tara que te hizo nacer.

Adela volvió a mirarme a los ojos entre asombrada y cordial. Insistí:

— ¡Y sí podrás hacer algo! Precisamente al llegar tú a esa vivencia de que su avaricia fue causa o consecuencia necesaria para tu nacimiento, logras la mejor plataforma y punto de arranque para conseguir, de seguro, influir en él.

Y no sólo te has de alegrar, chiquilla, del talante mezquino (o rácano como tú dices) de tu padre, sino de todos, todos sus defectos. Y de todas sus cualidades. Todo el complejo entresijo de unos y otras, fue la maravillosa constelación precisa para tu posibilidad de reír gozosa, como estás, ¡al fin!, riendo ahora. Porque eres. Porque sientes que la luz acaricia tu vestido y hasta tus venas y arterias por dentro.

Y si no pudieras cambiarle ni tú resistir más a su lado, vete. Vete donde quieras. Ya le atenderás desde lejos en su vejez. Pero vive tu vida sin resentimiento por su avaricia, pues ella te ha hecho existir, ¡existir!

DESCONTENTOS

HISTORIA 3ª

Martín: de todo

HISTORIA 4ª y 4ª bis

Regina: de algo

Moncho: de nada

HISTORIA 5ª

Máximo: de una sola cosa

HISTORIA NÚM. 3

Nombre	Martín. Ex-hippy (mejor pseudohippy). Según él, casi ex-todo.
Edad	Y sólo tiene 22 años.
Datos	Martín diría: ¿para qué?
Historia	<p>Estábamos sentados en las talladas piedras del pretil de una plaza que se abría sobre el paisaje del valle. A nuestro alrededor, las construcciones medievales de una pequeña ciudad italiana, de esas que edificaban encima de los montes para facilitar su defensa.</p> <p>Contaba a Martín, conocido hacía poco en España, aunque yo era antiguo amigo de familiares suyos, la historia de Adela para que se viera reflejado. ¡Él, que acusaba a todos no sólo de avaricia, sino de mil defectos <i>increíbles</i>, por lo que únicamente cabía volver la espalda a su gente!</p>

Martín seguía negando:

- No. No tengo por qué alegrarme del modo de ser de mis padres; aunque fuera bueno, ¡si es que lo bueno es algo! No me importa tengan defectos o cualidades que hayan sido condiciones *afortunadas* para mi nacimiento, porque yo, sencillamente, odio haber nacido. No acepto la vida. Es una vacía estupidez. Me rebelo a existir.

En los escalones también de piedra, del proporcionado palacio de la Signoria que ocupaba uno de los lados de aquella plaza de la Umbría, estaban tumbados de cualquier forma otros jóvenes pelilargos y pantalicortos, fumando quién sabe qué, reclinadas las cabezas en sus azacaneados macutos o en los muslos de otros u otras. ¿Pensarían igual esos compañeros de Martín? ¿Aún dándoles el sol del final del estío acariciosamente en los rostros?

Como pensando en voz alta, murmuré:

- Si uno no se alegra de vivir no tiene, claro, por qué alegrarse de haber nacido ni de todo aquello que hizo posible precisamente que se naciera. Sí; es una postura rigurosamente lógica. Pero...

Me quedé mirándole a los ojos. Él continuó su silencio adusto esperando que yo siguiera hablando.

- Muchos te dirán: «¿Por qué no te suicidas? Si de verdad no estás contento de vivir, mátate. Nada

material lo impide. De los primeros actos de una libertad consecuente debería de plantearse la aceptación de la propia existencia. Parece una contradicción vivir sin querer vivir teniendo fuerza para autodejar este existir».

Martín quedó entre sorprendido y hosco. Continué:

- ¿No sientes es como un lujo exuberante (igual que esos mismos que criticas), el que por no querer vivir se viva, no sólo odiando las causas que hicieron posible nuestro ser, sino haciendo soportar tu desgana de vivir a todos los que comparten como tú la no fácil aventura de existir? ¿No te parece hasta un poco, o un mucho, sádico? Mátate. Es inútil mantener tu protesta permaneciendo vivo. Si sigues viviendo pudiendo desaparecer, nadie creará que en el fondo no gustes de vivir. Ni tú mismo.

Martín se alejó casi sin despedirse. Lentamente se reunió con sus adormilados amigos que, cargando sus mugrientas mochilas, reemprendían el viaje. ¿Hacia dónde?

* * *

Pasó un par de años. Tuve de él, vagas noticias. Martín no se mató. La mayoría de esos irritados lúcidos no se suicidan.

A pesar de su decir insistente de que no se alegran de existir, en su intimidad más íntima están rabiosamente contentos de escupir, gritar, que no están contentos de haber nacido. Es como un inconsciente chantaje a los suyos, a la sociedad toda: «Yo no pedí nacer. Me nacisteis porque quisisteis. Pues ahora soportadme. Y dadme todo lo necesario para esa vida a la que me condenasteis. Y así podré seguir enarbolando mi inconformidad con lo que habéis hecho. Esto mantendrá vuestro forcejeo con vuestros propios remordimientos».

Es una manera en cierto modo cómoda de estar en el mundo, este zafarse de tener que agradecer a nadie ese regalo de vivir. O puede ser incluso un tan apasionado solipsismo –que entrañe tal culminante gozo de ser– que se desearía ser *ser*, de un modo que no hubiera sido necesario recibirlo ni empezar a serlo. Un apetecer con avidez la absolutez del ser.

Martín seguía sin desexistirse. Seguía arrastrando su desprecio de vivir. No se descabalgaba de su único grado de complacencia: ser para mascullar su protesta sin fin de ser. Mera esterilidad. Peor que la nada. Al menos la nada, no es.

* * *

He tropezado con Martín en su española ciudad natal. Ha regresado. De muy lejos: de su también pseudo-no-

querer-ser. No sabe aún a dónde ha de ir. Parece un palo seco que se sostiene vertical porque está un poco clavado en el suelo. Es. Ni acepta ni no acepta. Sabe que es.

- Martín, ¿qué fue lo que te ha hecho volver aquí como por un instinto de reencontrarte?
- Antes gritaba. Me di cuenta de que soy algo que también es capaz de hablar.

HISTORIA NÚM. 4

Nombre Regina. Una persona retraída, como tremendamente acomplejada a pesar de su turgente, agresiva belleza.

Edad 18 años. Esa edad en que tan hondo se sienten los complejos. Y es justamente cuando hay que empezar a sostener con decisión la vida en la mano.

Datos Los dichos. Podríamos añadir: Regina es muy buena chica. Lo dicen todos sus amigos.

Historia

I) Más que ser ésta la «Historia Cuarta», quizá fuera mejor la Segunda bis, ya que para algunos constituirá (al menos en su primera parte) como una situación límite del problema de Adelilla.

— ¿Qué ocurre? —pregunté a quienes conocían de cerca a Regina.

— ¿No has oído nada? ¡Una desgracia! Su madre

es una mujer de vida airada. Su padre... ¡nadie lo sabe! Creo que ni la propia madre.

- Y... ¿por eso está atormentada? Pero si Regina tendría que gritarse: ¡qué suerte que mi madre sea una prostituta! ¡Gracias a eso existo!

Hicieron un respingo. Les aclaré mi razonamiento:

- Si su madre no hubiera practicado ese viejo menester y, en cambio, hubiese sido una joven... *honorable*, seguramente se habría casado, tenido un hogar, unos hijos. A Regina, no. Ésta no existiría. Nunca jamás.

Porque esa mujer ejerció lo que ejerció y convivió con un ignorado hombre unos instantes, esta muchacha existe.

Quedaron quietos, pensando, unos momentos. Al fin, alguien exclamó:

- ¡Pero vaya drama!
- Sí. Para la madre de Regina esta maternidad no deseada, quizás haya sido otra fuente de marginación, de angustia, de dificultades en su ya difícil existencia. Y para aquel hombre fugaz, acaso alguna vez un cierto remordimiento de irresponsabilidad. Por el contrario, para Regina todo ha sido un bien, un máximo bien, ¡haber nacido!

Recordando lo que aconsejé a Adela, añadí:

- Por supuesto que esta joven debe entender que es difícil para cualquier persona cambiar de golpe. Por eso debe sufrir con paciencia y hasta dulce comprensión, que su madre siga aún en el *oficio*. También debe plantearse con toda seriedad si está *realmente* en su mano hacer algo de verdad eficaz para lograr apartarla de esa *tragedia*: solucionándole el problema económico, convenciéndola con razones, conquistándola con añagazas filiales... Si viera que sus esfuerzos son totalmente inútiles, que su madre no quiere cambiar y hasta puede influir en ella de manera nefasta, Regina debería apartarse, irse. Pero nunca, nunca, conservando ningún resentimiento ni amargura hacia lo que precisamente ha sido la causa de su existir. Y menos vengarse. Vengarse, ¿de qué? ¿De su máximo bien?

II) Una tarde, Regina y yo a solas, sentados alrededor de una mesa en la terraza de un café abierta a la multitud variopinta de su pequeña ciudad turística, comentábamos en profundidad muchas cosas, y le dije todo eso. Ella, después de reflexionar un tiempo mientras saboreaba un segundo refresco en el calor del aire, me confió:

- Sí; me gusta existir. Pero me gustaría existir... de otra manera, ser de otro modo. Acepto haber nacido como he nacido, pues me haces ver claro que de otro modo no hubiera existido nunca. Pero,

insisto, me gustaría haber nacido en otro país más grande, más culto... ser yo misma de otra forma, más alta, más suavemente bella, más inteligente...

Me eché a reír.

— ¡No haces más que decir *mases*! Creo que has dicho cinco de carrerilla. Y eso porque te he interrumpido con mi risa.

Un poco más serio continué:

— Una vez había un príncipe, Hamlet, que con una calavera en la mano decía: «Ser o no ser. *That is the question!* –¡esa es la pregunta!–» Este eterno dilema lo podemos matizar aún más sutilmente: ser quien soy y como soy, o no ser, ya que sólo siendo exactamente quien soy, he podido llegar a existir (fruto de unos padres concretos). Y soy quien soy y existo ahora, o no podría ser ya nunca más. Ni siendo eso o aquello.

Ni ése ni aquél. Nada.

De otros padres –o de los nuestros, pero en otras ocasiones o lugares– habrían nacido otros hijos. Nosotros, no.

Mi buena Regina... la alegría radical de existir, comporta el aceptarnos tal como somos. Porque somos quien somos y como somos, o no seríamos jamás. Piénsalo bien. Nuestra única posibilidad de ser en el universo es ser quien somos: haber sido

engendrados en aquel instante preciso, en ese país concreto donde se produjo aquel abrazo fecundo; ser por tanto, con toda la carga hereditaria de los elementos que nos dieron la vida, lo cual produce nuestros condicionamientos y características. Somos así, con nuestras cualidades y deficiencias o –te lo repito porque es importante– no seríamos nunca. ¿Lo entiendes, Regina?

¡Cuánto deseaba yo que ella lo entendiera! Era la salvación de su atormentado origen. Era su centramiento para que, liberada, pudiera avanzar gozosa por la vida adulta que estrenaba, como estrenaba, según me dijo, ese vaporoso vestido veraniego esa tarde.

Nos despedimos. Pero Regina quería volver a encontrarse conmigo, como un náufrago agarra la playa. Balbuceó:

— ¿Mañana? ¿Aquí...? ¿A esta hora?

III) Más resuelta, Regina estaba de nuevo frente a mí sorbiendo su limonada casi hielo. Y con otro vestido alado. Sabe que yo regreso a mi tierra distante. Que ha de ser nuestra última entrevista. Sin titubear expone su nueva duda:

— Conforme con ser así al nacer, porque, como dices tú, o era así o no sería. ¡Pero seguir siéndolo ahora! Yo quiero luchar por superarme. Por eso he de rechazar la parte de mí que no me gusta. Y... ¿tú me dices que la siga aceptando?

¿De qué secretos defectos estaría Regina tan disgustada, de qué desarmonías? Observándola parecía más bien que podía estar contenta de tanta belleza y de su bondadoso talante. Pero, ¡misterios de los jóvenes!, ella sufría por sus limitaciones aunque fueran sobre todo fantasmales.

— Tus defectos, los que sean —que yo no los adivino—, no hacen más que decir que tú eras así al nacer. Si te alegras de haber nacido, es lógico que soportes las consecuencias ineludibles. Es lo mismo que te decía —y tu aceptaste— respecto al problema de tu madre. De ser así, se seguía el seguir siendo así. Si tú no tuvieras esos defectos ahora es que no los hubieras tenido entonces, es decir, no habrías nacido. Es un contrasentido decir que estás contenta de unas limitaciones existentes en ti al nacer y no estarlo de seguir teniéndolas ahora. Pero esta aceptación de que te hablo no es pasiva, resignada. Es positiva y motor para arreglar en todo lo posible estos defectos.

Cuando uno ha visto que lo que ocurrió es su única posibilidad de existir, y además está contento de existir, le ocurren dos cosas: una, que soporta con paciencia y humor los defectos y desvalores de su ser; otra, que está en la mejor situación —sin resentimientos que ofuscan y debilitan— para deslindar con claridad esos defectos y corregirlos, como dije antes, todo lo que sea realmente posible. El rechazo de uno mismo es más bien camino para llegar a no hacer nada. Acéptate tal como eres, incluso ahora.

Sólo a partir de esto podrás superarte. Me gustaría estar cerca para darte coraje. De todos modos estoy seguro de que lo harás así.

Caía la tarde malva sobre los tejados rojizos de aquella blanca villa mediterránea, isleña. Nos despedimos. Sin ya citarnos para ningún día siguiente.

Han pasado varios veranos. ¿Habrá en efecto Regina dejado de soñar imposibles y habrá abierto el abanico de todas sus reales posibilidades?

Me gustaría, sí, me gustaría volver a encontrarme con Regina.

HISTORIA NÚM. 4 bis

- Nombre** O sobrenombre: Moncho.
- Edad** 12 años.
- Datos** Después de la publicación de la 1ª edición de este libro se organizó en una tarde veraniega, una excursión de un grupo de matrimonios amigos a una isla cercana de la playa levantina donde estábamos. Se la podía alcanzar a nado, sin demasiado esfuerzo. Al llegar a las rocas, este chaval se hizo el encontradizo conmigo para contarme «su historia» que me pareció aún más «límite» que la de Regina y por eso la transcribo en este lugar.
- Historia**
- ¿Sabes una cosa?
 - ¿Qué?
 - Que he leído este libro que has publicado y estoy muy contento.
 - ¿Por qué?
 - Porque he descubierto una cosa.
 - ¿Cuál?

- Yo no sé si sabes que mis padres no me querían. No querían de ninguna manera tener otro hijo. Tenían ya dos, un chico y una chica. Cuando mi madre, por un descuido por lo visto, quedó de nuevo embarazada, mi padre se puso furioso. Y mi madre estaba, también, muy disgustada. Mi padre quería, a todo trance, que mi madre abortara. Como vivían entonces en el campo, cuando pudieron ir a la ciudad para ello, había pasado algún tiempo y el médico puso objeciones porque el embarazo ya llevaba demasiado tiempo e interrumpirlo era bastante peligroso para mi madre. Mi padre insistía, pero mi madre tuvo miedo y se resistió. Me lo contaron hace unos meses mis hermanos que, sabes, son mucho más mayores que yo; y mis padres no han podido negarlo.

Me quedé mirando sorprendido y con tristeza a este niño que había pasado por este «descubrimiento» que tan fácilmente podía traumatizarle. Pero le veía sonriente y como feliz. Continuó:

- He pasado mucho tiempo, últimamente, muy triste, siempre pesando lo mismo: ¡mis padres no me querían! Pero he leído tu libro que les regalaste y dedicaste y estoy contentísimo porque, como te he dicho, he descubierto una cosa.

No me atreví a volver a preguntarle cuál. Moncho siguió:

- Por una parte, mis padres, antes de engendrarme por casualidad, no podía ser a mí a quien no quisieran, pues entonces yo no existía. Pero, además –y esto es lo importante– si mis padres hubieran deseado, por aquel entonces, tener un hijo más, pues hubieran hecho lo necesario para tenerlo... y les hubiera nacido «otro» hijo. Precisamente yo nací, porque no querían tener ninguno más. Ese preciso descuido, que me explicaron, no se hubiera dado en otras circunstancias. Gracias a ello, a que no querían tener más hijos, pude nacer yo. ¡Qué suerte, pues que no quisieran engendrar de nuevo! Eso fue necesario para que yo empezara a existir. Y claro, era lógico, dado su ánimo, que quisieran abortar. No lo lograron. Me alegro, ¡así estoy vivo, además!

Hizo sonar Moncho unas palmadas. Continuó su casi soliloquio.

- Después mis padres me han querido mucho. Mi padre, especialmente. Quizá movido por algún remordimiento. Hasta me han mimado más que a mis hermanos. A veces, éstos, están celosos y quizá por ello me explicaron eso de que mis padres me quisieron abortar.

Quedó unos momentos silencioso. Reemprendió:

— Pero, ¿sabes qué te digo? Que aunque mis padres no me quisieran tampoco ahora, yo estaría contentísimo de todos modos, ya que ha sido mi única posibilidad de existir como tú me has hecho ver en el trozo que he leído de tu libro. Porque... no lo he leído todo, ¿sabes? Me cansé.

A pesar de estar aún mojado por la no corta travesía a nado que habíamos hecho, Moncho se abalanzó sobre mi cuello, me abrazó y dándome un beso en la mejilla, añadió:

— ¡Gracias!

En sus ojos no sé si había lágrimas o eran, quizá, también agua de mar...

Volviendo, ágil, a saltar sobre las rocas, se zambulló para nadar de nuevo rodeando la isla.

HISTORIA NÚM. 5

Nombre	Máximo. Un hombre en la plenitud jugosa de su vida.
Edad	Ésa. 40 años.
Datos	Casado. Tres hijos habidos con responsabilidad; muy queridos. Arquitecto. Su trabajo: normal, eficiente. Satisface a quienes se lo encargan. Ecologista. Acérrimo de lo natural.
Historia	<p>Máximo entendía bien lo que no sé si llegó a comprender del todo Regina.</p> <p>Éste no perdía el tiempo pensando si le hubiera gustado nacer en otro país menos industrializado, o de unos padres más conscientes o en una época futura más humana. Sabía que su única posibilidad de existir en ese espacio cósmico, era «ser quien es».</p> <p>Sin embargo...</p> <p>Hay una cosa, una limitación suya, que no logra afrontar con serenidad. Y mucho menos con alegría.</p> <p>Su muerte.</p>

Aunque dice que se acepta tal como es –pues es su única posibilidad de haber nacido, de ser– en realidad esta aceptación no es plena.

Le desasosiega y reconcome ser mortal.

Si bien acepta su relativa fealdad –y tantas otras cosas–, preferiría ser un ser inmortal. ¡Su concreta muerte no la ve necesariamente ecológica!

Estamos en las mismas. No puede decir uno que está contento de haber nacido y a la vez rechazar algo que fue necesario para que yo existiera: ser quien soy, o sea, un ser limitado, caduco. Acaso pueda haber seres inmortales, pero son otros, son ellos.

Máximo, es mortal o no es.

Debería poder exclamar: «¡Qué alegría tener que morir, porque eso quiere decir que existo!, porque en este mundo los únicos que no se mueren son los que no existen».

Mientras no aceptemos con alegría morir (porque bien nos valga la pena morir la maravilla de haber existido), no hemos aceptado aún *nuestra vida* –la única que nos es posible– con alegría.

Máximo hace muchos esfuerzos para que él y toda su familia convivan con gozo y algarabía que quieren feliz. Los fines de semana son intocables para así poderlos pasar juntos, charlando, nadando desnudos en total libertad, por el mar o en las montañas. Pero no logrará del todo la exultante paz que busca, mientras no acepte con igual gozo y entusiasmo la muerte. Sólo entonces se habrá aceptado

completamente a sí mismo. Como es. Quien es. Engendrador de otros seres mortales. La máxima lección –él, Máximo– que puede dar a sus hijos, que también han de fenecer, es ésta: aceptar con alegría, el morir. Éste es el básico secreto para vivir con felicidad la vida.

* * *

Máximo, por la niebla en la autopista, regresando a su casa tuvo un grave accidente. Después de unos días, cuando los suyos ya le dejaban solo en el Hospital, se complicó. Hemorragia interna. Fue precisa una extirpación urgentísima del bazo. Sin poder siquiera consultarlo ni anunciarlo a la familia. Permaneció solitario en este trance.

Acaba de terminar la convalecencia. Y está terriblemente contento. Ya jugó a dados con su muerte. Se han hecho amigos. No le importa, cuando sea, reanudar la partida. Al fin perderá. Es normal. Pero aceptó del todo su vida.

Y así, ahora, sabe más de veras hacer felices a los que ama. Y quizás a muchos otros.

¿PADRES E HIJOS?

HISTORIA 6^a

Nacho y Concha: no lo eran
aún

HISTORIA 7^a

Mario: tampoco

HISTORIA NÚM. 6

Nombre	Mejor nombres: Nacho y Concha.
Edad	Hace veinte años eran jóvenes, recién casados. Incluso a él, entonces, le faltaba aún mucho para los treinta.
Datos	Y ya entonces eran serios. Pensaban, meditaban sobre su paternidad responsable.
Historia	
I)	Eran amigos de Máximo en la Universidad cuando estudiantes, y les había sorprendido su recóndita displicencia y perplejidad ante la muerte. Porque ellos, antes de que pensarán con atención en ese fenómeno, se querían ya tanto que, sin necesidad de accidentes de carretera, habíanse vacunado de este temor. Por nada hubieran preferido no nacer y dejar al otro sin su compañía. Su mutuo encuentro habíales dado una nueva dimensión al existir. Sin embargo, también les desasosegaba <i>el otro aspecto</i> de la cuestión.

El siguiente:

Al casarse deseaban engendrar un hijo. Unos hijos. Lo soñaban ya en su noviazgo. Sentados en los parques contemplaban el jugar de los chiquillos vigilados por sus madres y sentían un azogue picante de paternidad aunque no lo supieran definir. Crear unos seres que ambos amarían y serían a su vez amados por ellos... Unos seres de ellos mismos; como ellos...

Pero bien se daban cuenta que dar la vida a sus hijos era también condenarlos a muerte. Nacho y Concha eran abogados; quizás alcanzaran la judicatura. Y en verdad los dos se sentían incapaces de firmar nunca una sentencia a la última pena por criminal que fuera el reo; lo apartarían de la sociedad si fuera necesario para que no pudiera hacer más mal. Pero... ¿matarle? ¡No!

Y en cambio a los seres que más querrían, antes de que hicieran nada punible –ni aunque no lo hicieran– ellos, sus propios padres, los condenaban a la pena capital.

¡Qué angustia sentían al ver que dar la vida es dar la muerte! Intentaban tranquilizarse. ¿No estaban ellos contentos de vivir y amarse? ¿No sentían escalofrío al pensar que sus padres podían no haberles engendrado y así tener que ir el uno o el otro por la vida solo (¡o con quién sabe qué compañeros!), pero sin él o sin ella? Pues esto mismo que percibían podría pasar, pasaría a buen seguro con sus hijos. ¿Por qué no?

- II) Concha y Nacho engendraron cuatro hijos.
El ajeteo de sus profesiones y de la familia no les impedía ser aquellas mismas personas serias, responsables, que

sopesaban las cosas, las meditaban... y se planteaban aún más problemas. Aquella duda que no lograban desvanecer de si a sus hijos les llegaría a gustar vivir una vida que es mortal, les acuciaba a nuevos planteamientos.

Nacho y Concha sabían bien cuando se casaron que por ser seres inteligentes y libres, para que su matrimonio fuera válido en nuestra sociedad moderna, tenía que ser un acto fruto de la lúcida voluntad de ambos. Sí; de ambos. No bastaba que sólo uno de los dos hubiera querido desposarse. Si así hubiese sido constituiría un matrimonio forzado y, por lo tanto, nulo.

A la pregunta del que presidía la boda no bastaba el *sí* de uno de ellos. Era preciso que el otro diera también su *sí* para que quedara establecida esta relación humana de esposo-esposa, de cónyuges.

Reconocían que con mucha responsabilidad, ciertamente, decidieron engendrar unos hijos. Pero ellos dos formaban una unidad jurídica, moral. Fue por tanto la suya una decisión dijéramos, aunque de dos, unilateral. No podían preguntar a esos hijos futuros si querían nacer. Y sentían que para que una relación humana sea verdadera y gozosa, debe ser libre por ambas partes.

Preguntábanse: El día que nuestros hijos sean más capaces de pensar, de usar responsablemente su voluntad, ¿estarán o no, contentos de haber nacido? Con lo que entraña ello de aceptar a *esos* padres concretos, necesarios, y su *aquí y ahora*.

Su hijo mayor (casi 19 años ¡mayor de edad ya!), sale todas las noches sin decir adónde se dirige. Y le molestaría mucho que se lo preguntaran. En casa habla poco.

Y vuelve tarde.

Nacho y Concha se inquietan con la mirada, pues con las palabras no se atreven: ¿estará *no contento* de vivir?

Viven desde hace años expectantes. Los hijos han ido creciendo. De pequeños eran hijos por la fuerza de la sangre. Pero los seres humanos son algo más que eso; son inteligencia, libertad. El mayor, en especial, ha alcanzado ya este nivel de joven madurez.

¿Entenderán los hijos que, al igual que en el vínculo de esposos, en este otro de padres-hijos, para que se logre una plena y alegre realidad humana, también es necesario el *sí* del segundo grupo de personajes, es decir, el *sí* de ellos, de los hijos?. Por supuesto habrá que esperar tiempo hasta que puedan darlo, cuando hayan madurado lo suficiente por fuera y por dentro. ¡Pero ojalá no deje de llegar este momento en que de verdad quieran haber nacido y que lo quieran a pesar de ser como sus padres: mortales!

No hay que desesperar. Los hijos tardan en saber expresar con palabras justas sus sentires. A veces este *sí* lo darán implícito en su enorme alegría de vivir. Otros lo pronunciarán mucho después, quizá cuando los que les engendraron hayan muerto. Son como hijos póstumos. Pero, ¡menos mal! Cuando los padres aún vivos, reciben este *sí* de sus hijos de una u otra manera, alcanzan la satisfacción de que ha sido aceptada su aventura paternal. ¡Ésta ha terminado bien! Y unos hijos que aceptan con gozo y conscientemente el don recibido de vivir, merecen que sus padres les den ya toda su confianza, pues estos jóvenes ya han realizado el acto más vasto y más difícil de su existencia: aceptar el

existir y querer este existir concreto. Es el momento que los padres y muchos, esperaban expectantes.

Son hijos no sólo ya de la mera biología, sino de su propia libertad.

Cuando a Nacho y Concha su primogénito les haya dado este *sí*, se irán a dormir más sosegadamente, aunque sigan sin saber adónde va.

HISTORIA NÚM. 7

Nombre	Mario. El hijo mayor de Nacho y Concha.
Edad	Ya la sabemos. Ronda los 19 años. Según las nuevas leyes hace ya muchos meses es mayor de edad.
Datos	Muy parecido en problemática a tantos otros compañeros de su incipiente período universitario.
Historia	<p>En parte también la conocemos: sale casi todas las noches, no dice adónde va; vuelve tarde, cansado, pero con paso fuerte.</p> <p>¿De dónde viene, tan de madrugada, tantas noches?</p> <p>De jugarse la vida.</p> <p>Con motos potentes. En carreras sin finalidad, por la ciudad y alrededores.</p> <p>Algún fin de semana, en lejanos refugios de montaña o en apartamentos de amigos donde se ha quedado, ha tomado dosis riesgosas de ácido.</p>

En una ocasión defendió a un viejo de unos navajeros. No tanto por el viejo sino por el peligro que pasó él mismo. Ha participado en manifestaciones violentas sin saber exactamente lo que reivindicaban, pero en las que la policía disparaba.

¿Por qué ese deseo de riesgo, esa reiteración de ponerse en peligro cierto? También ha jugueteado varias veces con el revólver a la ruleta rusa en medio de sus compañeros.

¿Todo eso lo hace por hombría? ¿Por mero espíritu deportivo, por idealismo político? No. Por algo más simple y más hondo.

Un día Mario me lo explicó y quizá fuera la primera vez que se lo explicaba a sí mismo al menos en voz alta.

Nos encontramos por casualidad en un bar, ya anochecido, antes de ir él a cenar a su casa, y mientras puntualizaba, bebiendo con sus amigos, sobre el lugar de la cita para luego.

Le invité a otro vermouth. Y charlamos...

Mario tenía ganas aquel anochecer de pensar oyéndose... como quien se mira de soslayo en un espejo.

No quería que sus padres supieran de esos juegos peligrosos. Uno percibía que en realidad les quería mucho. Sin embargo, se jugaba la vida muchas veces porque veía en ello la única solución para cobrar conciencia de que *era él* quien se daba la vida, la existencia.

Sentíase esclavizado a tener que vivir, porque *eso* lo habían determinado *otros*. Echando la vida por la borda, si la recuperaba era volver a vivir, pero ya por un acto propio. Podría decirse en adelante, a sí mismo, que si existía era gracias a él.

A causa de estas aventuras volvía, en efecto, cansado a su casa, pero a la vez con paso más seguro, más *dueño de sí*. Al igual que otros que practican deportes peligrosos, cada vez que él salía indemne de sus azares nocturnos era un nuevo renacimiento, un nuevo vigor juvenil en el músculo y en la determinación. Una mirada más nueva para ver a los demás y al mundo.

Mario hacía, pues, desesperados esfuerzos llenos de peligro para llegar a aceptar la vida. Y aceptar vivir.

¿Hasta cuándo?

Y entretanto, ¿le saldría siempre bien este juego con la vida y la muerte?

* * *

Mario tropezó conmigo una semana después en el mismo bar. Se quedó extrañado. Me miró como diciéndome: «Hoy no es por casualidad que coincidimos. Has venido a verme». Le saludé y contesté sin más a su perspicaz mirada:

- Sí, Mario. He venido para hablarte. No he estado ningún día tranquilo desde nuestra conversación aquí. Sabes que aprecio a tus padres y a ti también. Me atosiga pensar que puedas seguir jugando con tu vida. ¿No lo has hecho ya varias veces? Muchas, ¡demasiadas! ¿Aún no te has convencido de que tú mismo eres causa –¡aunque extraña causa!– de tu vivir? ¿No es bastante ya? ¿Acaso no era suficiente

un solo pistoletazo afortunadamente sin sangre, para lograr este resultado? ¿Para qué seguir entonces este alucinante camino?

Mario se echó a reír con ironía:

- Oye, viejo, hay razones para ello que no coges. Primera... porque es eso precisamente que tú dices: alucinante, tremendamente vital. Segunda, porque después de jugártela, te vuelves a encontrar de nuevo con la vida. Y eso es como si te tomas unas líneas de nieve. Te sientes joven y más potente. Abrazas la existencia, a una mujer, al mundo todo, con nuevo brío. Bueno; para qué hablar...

Nos sentamos en los taburetes de la barra y pedimos unos aperitivos. Con su copa en la mano, al cabo de un rato, Mario siguió en tono bajo:

- Oye, tío; me tenéis el tarro comido de tanto oíros contar el rollo de que los hijos sólo lo son de verdad, cuando dan el *sí* a sus viejos, y entonces es cuando queda establecido el lazo de padres-hijos al haber libertad por ambas partes...

Asentí con la cabeza extrañado de que Mario sacara ahora ese tema y con un tono despectivo del que yo no entendía el motivo. Las luces rojizas de las estanterías de botellas hacían aún más rojo mi Campari. Continuó:

- ¿Y no se te ha ocurrido nunca pensar que los hijos también esperamos que los viejos nos den igualmente un *sí*?
- ¡Ellos ya lo dijeron cuando te quisieron engendrar!
- ¡Macho, no te embales! Ellos querían un hijo. Vale. Pero lo deseaban perfecto. Ellos se creen muy valiosos y esperaban unos hijos iguales o mejores que ellos mismos. ¿Y qué ocurre? Que paren un hijo concreto que quizás empieza por ser del sexo contrario al que los padres deseaban para aquella criatura. Y con otros valores. Y, además, ¡tiene defectos! Y va queriendo hacerse la vida por su cuenta y no ser lo que sus padres querían que fuese... Cosa que acaso la querían porque tampoco pudieron ser ellos eso que soñaban. Los viejos se sienten desilusionados con nosotros... ¡Y los hijos lo vemos! Además, nos lo dicen: si fueras así... si fueras asá..., ¡si te parecieras a tu primo Ernesto!...
- ¡Querían un hijo!..., pero no *este hijo*. No están del todo conformes con el que les tocó en suerte..., o en desgracia. Querrían fuera de *otra forma*. Es decir, tío, como tú explicas, este otro que desean, sería eso: otro. Y yo no existiría.

Permanecí callado. En verdad, tal como afirmaba Mario, nunca había pensado en ello. Siguió:

- Ellos también, son padres tan sólo de la carne –de un modo poco humano, pues– mientras lúcida y

libremente no nos digan *sí*. A un hijo también le gustaría oír de sus engendrados que están contentos con él *tal como es* ¡él! Que no lo cambiarían por ningún otro posible. Que lo aman por ser quien es. Que no sólo lo soportan porque vino, sino que lo aceptan con alegría por ser precisamente quien es.

Entonces sí que se nos haría más fácil, con este *sí* de los padres, ¡a nosotros en concreto!, decir también nuestro *sí* a la vida y a nuestros viejos. A veces no nos atrevemos a manifestar nuestra aceptación por muchas ganas que sintamos, porque tenemos miedo de que ellos, ¡los padres!, no estén contentos con que hayamos nacido y puedan retorcernos ese *sí* nuestro al no habernos dado el suyo... Aquella frecuente sombra de reproche en sus palabras..., su deje de desilusión, de frustración, tantas veces en su tono...

Parecióme que Mario estaba prietamente emocionado. No supe qué responderle. A veces uno camina de noche por un sendero y no ve que se abre junto a él un hondo barranco. Ahora acababa de descubrirlo. Miré con nueva, sincera simpatía a este muchacho, que me llamaba medio por cariño y confianza, medio despectivamente, *viejo* y *tío*. Comprendí muchas cosas.

Mientras él no oyera ¡a él! ese *sí* pleno de los que más quería, seguiría jugándose la vida para tener esta fuente vital que ellos le regateaban. Y acaso... como para hacerles un favor si desapareciera.

Me sentí como un fantoche en el bar. Donde debería estar es abriendo ese mundo que acababa de vislumbrar, a Nacho y Concha, mis amigos.

¡LOS OTROS!

HISTORIA 8ª

Graciela: los otros del
presente

HISTORIA 9ª

Octavio: los otros del futuro

HISTORIA NÚM. 8

Nombre	Graciela.
Edad	Aquella en que se empieza a no ser tan grácil. ¿35 años?...
Datos	Soltera. Investigadora en el Departamento de Historia. Su carácter: difícil, hiriente, mordaz. Su esbeltez y elegancia no compensan ante la gente ese duro temperamento.
Historia	Siempre fue de este modo. Tenía hermanas que eran diferentes. Todas habían recibido una educación, una formación al parigual. Pero ella era así. Distinta. Decían que se parecía a una tía abuela. ¿Qué culpa tenía Graciela? Y siempre todos la recriminaban. La corregían. ¡La castigaron tanto! De mayor, la marginaban. Algunos hasta murmuraban de las tendencias de sus afectos. Ella había querido cambiar. Era inútil. Las palabras le salían de la boca, del cerebro, y aún sin querer hacían daño. Decía las cosas con sus aristas y a los otros les resultaban cortantes. No era diplomática. Tampoco sabía si era una escrupulosa perfeccionista; seguramente,

no. Pero señalaba –no podía impedirlo– lúcida y acremente los defectos de cada uno. Le volvían la espalda. Se ocul-taban de ella. La dejaban sola en las fiestas y reuniones donde era invitada por compromiso. En la que se celebraba hoy, tampoco tardó en quedarse solitaria. ¿Hacía sufrir? ¡Era ella la que más sufría!

Yo veía su modo de ser. Me daba pena. Al descubrirla esta noche apoyada en una columna, sin compañía a pesar del no lejano bullicio, me acerqué con la precaución con que lo haría ante un felino salvaje. Intentaba que mi proximidad fuera, no sin cautela, como una caricia para ella. Adivinó que alguien avanzaba en su dirección. Volviéndose, me reconoció. Arqueando sus cejas:

— ¿Se aburre?

Me dejó parado. ¡Qué modo de no tenerme que agradecer que fuera a dialogar con ella! La miré con dulzura:

— Un poco. Charlar con una persona inteligente en estos casos es siempre un lenitivo que se apetece.

Sus ojos grises me miraron acerados.

— ¿Usted cree? A veces puede ser un peligro...

— Si uno es simple y sencillo, no.

Creí que me seguiría observando como un gato montaraz a un pájaro tonto, pero Graciela aguzó su vista entrecerrando los párpados como si viera más bien a un camaleón.

- Decir eso de uno mismo, es una manera de ser soberbio.
- Bueno –me resigné sonriendo–; pero a los soberbios les debe gustar sobremanera hablar con personas inteligentes.
- Con tal de que lo sean un poco menos que ellos.
- ¿Está insinuando que la creo un poco inferior a mí?
- Es usted quien lo está sugiriendo.

Reí abiertamente.

- Me declaro vencido. ¿Por qué es usted tan aguda y tan clara?
- ¿Es un elogio? Otros lo dicen con palabras peores.

Hizo una pausa. Con un dejo de tristeza, siguió:

- Algunos a mis espaldas, pero no sin que pudiera oírlo, me llaman bruja.

Y añadió con una sonrisa irónica:

- En otros tiempos se complacerían en quemarme.
- ¿Con el nombre tan bonito que tiene?
- ¿Es lo único? –me miró burlona–. Como *eso* me lo pusieron, no es mío.

Quedé cortado. Disimulé el fijarme en ella para no dar la impresión de que con urgencia buscara algún rasgo espe-

cialmente hermoso para salir galantemente de su trampa. Preferí encontrarle, como sabido de tiempo, algún trazo agradable de su temperamento. O inventarlo. Para ganar unos momentos me deslicé por un circunloquio del modo más natural posible:

- Siempre la admiré. Una persona que no se ha casado necesita mucho temple para estar en la vida navegando con fuerza. Sé que trabaja con intensidad en todo lo que se refiere al siglo XVIII.
- ¡Hasta mis contemporáneos preferirían que no lo hiciese! Se sacan consecuencias muy actuales... Y eso que, conociéndome, me refugié, dentro de las Letras, en la Historia, para molestar menos a los que me rodean. Pero ni así.
- ¿Tan solidarios se sienten con el pasado?
- Algunos piensan que recapitulan y presencian todo lo anterior.
- ¿Y no crean nada nuevo?
- Sí. Construyen el pedestal para este *pasado-redivivo*; es decir para ellos mismos.

No sabía por dónde continuar la conversación. En Historia ella me podría siempre. Después de unos segundos en que quedó patente mi mudez, Graciela decidió suplirla:

- He oído sus puntos de vista sobre que debemos ser existencialmente realistas. No ignora que conozco a Concha, y a Nacho. Y... a Mario. Ya sé que el chico estuvo hablando con usted la otra noche. Me dijo que usted le había oído cabizbajo.

Este muchacho a mí me soporta. Y yo creo entenderle. Y él cree también que le entiendo; esto es muy importante. Sí; todos los que *existimos* –y tal como seamos, por muy aberrantes que podamos parecer– tenemos derecho a *un lugar bajo el sol*, pues no nos hemos hecho a nosotros mismos, aun-que ese lugar sea nada más que la cárcel si tan criminales fuéramos. Pero tenemos *derecho a existir* ya que existimos. Y, correlativamente, a que los demás nos acepten. Acepten nuestra existencia y nuestro modo de ser. ¿Cambiar? ¡Humm! ¿Cambian los demás? Se desgastan en peor, eso sí. ¡No; no está en la mano cambiar lo más profundo! El mar da olas. Y el soto, álamos.

Mirándome con un poco de burla concluyó:

— El filósofo... ¡filosofías!

Sonriendo luego con una mueca de coquetería, preguntóme:

— ¿Acepta mis impertinencias?

— Son verdades.

— ¡Precisamente por esto se lo pregunto! ¡La gente acepta, en cambio, tan fácilmente las mentiras!

Me he ido a dormir –y no lo he logrado– pulsándome en la cabeza: Hemos de aceptar a todos, ¡a todos! ¿Acaso no son consecuencia ineludible del mismo pasado gracias al cual existo?

Si amo a la historia concreta, a pesar de sus llagas, porque ha posibilitado mi ser, ¿cómo no aceptar a los que son su pus o sus lágrimas?

Aceptar a todos como son, ¡cómo sean! Si no, ¿cómo me voy a aceptar a mí que también, ¡tantas veces!, me soy *otro*? Y desagradablemente otro. O peor: inevitablemente uno mismo.

HISTORIA NÚM. 9

Nombre	Octavio.
Edad	37 años.
Datos	Nacido en un rancho de los Altos de Jalisco, México. En la actualidad Jefe de Departamento de una Empresa Cooperativa productora de maquinaria para la construcción.
Historia	<p>Le conocí en el avión que nos llevaba a Europa. Por aquel entonces Octavio estudiaba Teología en una Universidad de Roma.</p> <p>Meses después, al finalizar el curso, vino a verme a Barcelona. Mientras le mostraba el Museo Picasso y el de Arte Gótico y Románico, me fue contando que sentía perplejidades y dudas. Estaba yendo para ministro célibe en el rito latino de la Iglesia Católica. Pero en su pueblo natal, colindante con las tierras de León Guanajuato, había una excelente muchacha, amiga suya ya desde el colegio, y andaban cada vez más enamorados.</p>

Ahora, en un nuevo viaje mío a México, me he encontrado otra vez con Octavio. Y me ha contado que aquel año, a su regreso a Jalisco para las vacaciones, había decidido dejar sus estudios y casarse, escogiendo un quehacer administrativo para colaborar con la sociedad y cooperar al bien común.

En sucesivas entrevistas hemos estado hablando mucho del *realismo existencial* aplicado incluso a los actuales habitantes de su entrañable América. Octavio se apasiona por esos temas. Era un brillante alumno en los ateneos romanos.

Hoy me ha invitado a su casa. He conocido a Zoe, su esposa, ¡su amiga desde niño!, y a sus tres hijas.

Recordando nuestra recientes conversaciones, me ha dicho mientras esperábamos nos llamasen a la mesa, llenando de nuevo copas de tequila moreno:

- Igualmente hubiera podido decidirme por lo contrario: seguir mi carrera teológica... y llegar a ser presbítero. Mi mujer, frustradas sus esperanzas de casarse conmigo, se habría unido a alguno de sus pretendientes que, ciertamente, no le faltaban. Hoy... sería madre de otros hijos.

Iba a hacer yo un comentario que me parecía tenía una oportuna gracia, pero él me interrumpió con la mano, y siguió:

- Verás; he sacado varias conclusiones. Mis hijas, en efecto, pueden decir ahora: «¡Qué suerte que papá

decidiera no ser cura! ¡Así existimos nosotras!». Pero si yo me hubiera ordenado, hoy existirían otros hijos de Zoe que podrían decir: «¡Qué suerte que Octavio se hiciera cura; así nuestra madre se casó con otro – nuestro padre– y nosotros existimos!».

- Sí; claro. ¿Y cuáles son estas conclusiones que dices?
- Que no debemos determinar nuestras acciones –como muchas veces hacemos– pensando en el bien de las *generaciones futuras*, pues hagamos lo que hagamos, siempre habrá gente en el porvenir que se alegrará de que hubiéramos hecho precisamente lo que hicimos: blanco o negro, bueno o malo. Ya que, justamente gracias a eso, ellos han llegado a existir.
- Interesante.
- Permíteme que acabe de explicarte. La consecuencia principal es: lo que elijamos en el presente lo hemos de determinar pensando preferentemente –quizá mejor, exclusivamente– en el mayor bien que esa elección pueda proporcionar a los *ya existentes*. Pues los que de hecho existan en el futuro, gracias –directa o indirectamente– a lo que hayamos realizado, se alegrarán de que hayamos hecho *eso* –sea lo que sea– y no otra cosa, ya que así se ha producido su única posibilidad de existir.

Zoe, radiante, abriendo las cristaleras nos invitó a pasar al comedor.

* * *

Octavio se me ha convertido en una clave para clasificar a los políticos, a sus ideologías.

De nuevo en la sala de estar, durante el también buen café mexicano, fuimos deduciendo aplicaciones de su tesis a este campo de los Estados.

Muchos gobernantes hablan siempre de hacer *un país mejor* para las futuras generaciones. Y para conseguirlo exigen y obligan que los presentes ciudadanos se sacrifiquen sin término.

No se dan cuenta de lo que dice mi amigo Octavio. En el futuro, si la nación ha ido de mal en peor, las relaciones interpersonales de los que ahora viven se habrán ido cruzando de una determinada manera y habrán ido naciendo unos seres que se alegrarán mucho de que la Patria haya estado en decadencia, pues si no, ellos no hubieran nacido. ¡Ya harán ellos mismos, si quieren, algo o mucho para mejorarla!

Si la nación, en cambio, gracias a esos u otros *ilustres* políticos presentes resulta que va de bien en mejor, las relaciones de los ciudadanos actuales serán otras y nacerán otros hijos distintos, los cuales se alegrarán de que el país haya ido ascendiendo, pues gracias a ello han podido existir.

Luego no es el pensar en gente aún inexistente lo que debe ser el móvil de la actuación política (ya que siempre habrá en el futuro gente contenta de lo que se haya hecho, sea lo que sea), sino que lo que ha de guiar a los gobernantes es el *bien real* de los que *ya existen*.

Pensar lo primero es una extraña y dolorosa –aunque frecuente– clase de acronía que menosprecia a los presentes.

Es bueno, pues, que los políticos reduzcan sus miras a la contemporaneidad. Será la mejor manera de hacer historia. Que no pretendan diosísticamente trascender el tiempo actual. Sólo es verdaderamente real el preocuparse del mayor bien posible para las personas *existentes*, que son las que *realmente existen*.

Los que vayan naciendo se alegrarán siempre de lo que haya acontecido en la Historia, fuere lo que hubiere sido. Los políticos de futuro pensar, desencadenan guerras. Los del *mejorar lo real* buscan, aún en las guerras, la paz.

Zoe, las niñas, Octavio y yo, salimos a pasear por su jardín. El sol estaba alegre. Estaba también dentro de nosotros.

NUESTRO ANTESER

HISTORIA 10^a

Duclos y Gómez: en lo histórico
político

HISTORIA 11^a

Pepe y Paco: en lo histórico
social

HISTORIA NÚM. 10

Nombre	Esta Historia tiene también dos nombres: Monsieur Duclos y Señor Gómez.
Edad	No importa mucho saberla con exactitud. Mayores. Tranquilamente maduros.
Datos	Como fácilmente puede suponerse por los apellidos, el primero es francés y el otro español. Y todo el mundo –o casi– sabe lo que es Francia y lo que es España y un poco al menos, de sus Historias. ¿Y quién no conoce a Napoleón?
Historia	Verano. Una cala tranquila de la Costa Brava. Las señoras Duclos y Gómez se broncean en la playa mientras, sentadas en las sillas de lona, hacen ganchillo rodeadas de sus multicolores bolsas rebosantes de madejas, revistas de actualidad, crema y aceites. Y charlan. Sus maridos, para adelgazar, han ido a pasear por la arena húmeda lamida por el último borde manso de las olas. Las hijas mayores de ambos matrimonios ya están en edad

de «amistear» y, no lejos, forman parte de grupos ruidosos y reidores que juegan como niños grandes a quién sabe qué.

M. Duclos y el Sr. Gómez se conocen hace tiempo. Son bastantes los años que aquél, con su familia, viene a veranear a Cataluña. Durante esta caminata, como tantas otras veces hablan de negocios: de las posibles ventajas de que sus firmas llegaran a trabajar unidas en la cuestión de importaciones-exportaciones de cara al Mercado Común. Les encuentro. Les he visto y hablado otras veces. Me pongo a caminar con ellos. Me cuentan el contenido de su conversación. M. Duclos añade:

— Somos un español y un francés felices. *Très heureux!* No lo digo porque las cosas nos vayan más o menos bien. ¡Somos felices porque somos amigos! Muchos españoles no hacen más que recordar que Napoleón les invadió y luego se llevó muchos tesoros. ¡También Francia padeció con él! ¡Tantas guerras y Waterloo para acabar! *Helas!* Pero como me ha contado M. Gómez que usted dice, M. Rubiò, ningún francés de los de ahora, ni ningún español de los de ahora, existirían si no hubiese pasado todo aquello. ¡Es verdad! Sin Bonaparte la historia posterior habría sido distinta y en este siglo veinte habría en nuestras tierras otros franceses y otros españoles.

Haciendo una pausa y poniéndome familiarmente una mano en el hombro que me dolió algo por estar irritado por el sol, continuó:

- Le invitamos a comer con *las Señoras* si no tiene otro compromiso. ¡Y brindaremos por el Corso!

Emprendimos el regreso. El Sr. Gómez cogió la palabra haciendo suyos los conceptos:

- Verdaderamente no sé por qué hemos de guardar resentimientos a los franceses de hoy. No son nada responsables de las felonías que pudieron hacer los franceses de ayer. Nosotros estamos —¿cómo se dice?— *existencialmente contentos* con las barbaridades de Napoleón, gracias a las cuales, como dice usted, existimos. Lo cual no quiere decir que fuera bueno lo que hizo ni que haya que repetirlo. ¡Hay que hacer todo lo contrario más bien! Pero ahora, sintiéndonos libres de injustificados y tontos resentimientos hacia los actuales franceses que no tienen ninguna culpa de lo pasado, es mucho mejor que seamos amigos y trabajemos juntos para que todo vaya *formidable* (como diría este gabacho) a ambos lados de la frontera. ¿Por qué no lo entenderán así todos los españoles y todos los franceses?

Divisábamos a las Sras. Duclos y Gómez. Ellas parecían también entenderlo. Más cerca, Mademoiselle Duclos, con

un trío de jóvenes españoles bien plantados, parecía entenderlo aún más.

Seguimos caminando hundiendo los pies en la arena caliente. Yo recordaba mi conversación con Octavio en México. Si los españoles de antaño no hubieran ido allá y no hubiera pasado en aquel país todo lo bueno y todo lo malo que ello conllevó, ahora habría otros indios, otros mexicanos, pero ninguno de los indios y mexicanos que hoy existen. ¿Por qué, pues, algunos de los que ahora son –y que sin aquellos sucesos no existirían– se quejan tanto de lo que ha sido precisamente causa ineludible de su llegar a ser?

¡Lógico que se quejaron los existentes contemporáneos de los invasores! Los *conquistadores*, pensando hacer historia gloriosa, malcuidaron el bien de los indígenas. O peor algunos: obraron egoísta e injustamente buscando ante todo su provecho. Cosas éstas que debemos esforzarnos en no repetir las en ninguna parte. No sea que criticando inútilmente el pasado, estemos, unos u otros, cometiendo ahora los mismos o más crasos errores y desmanes que entonces.

Grandes y bellos murales de modernos renombrados artistas describen, en Museos y edificios de México, las cosas malas que hubo en aquella época. ¡Cierto que las hubo! Y se ahogaron muchas cosas buenas. Ciertamente también habría cosas excelentes. Todos, sí, hemos de tratar en adelante que sólo haya éstas y no aquellas. Pero los que hemos nacido es porque pasó lo que más o menos sabemos por la Historia. Y, además, nadie hoy tiene ninguna culpa ni gloria de esos acontecimientos. ¿Para qué odiarnos? Es una postura infantil, prelógica, irracional. No es humana.

Salpicándonos de agua corrió hacia nosotros la barahunda de jóvenes. Eran más tersamente impolutos de prejuicios históricos –y de otras clases– que las generaciones anteriores. No había más que mirarlos. Daba gozo verlos.

HISTORIA NÚM. 11

Nombre	Pepe.
Edad	27 años.
Datos	Nacido en el urbanizado suburbio de una gran ciudad industrial. Obrero metalúrgico. Hijo y nieto de obreros metalúrgicos. Vivencialmente preocupado por las muchas injusticias sociales. Milita generosamente en el Sindicato que cree más eficaz para lograr algunas reivindicaciones sustanciales en curso.
Historia	Esta Historia Clínica tiene además, como algunas anteriores, una segunda persona cuyo nombre es:
Nombre	Paco.
Edad	Apenas 30 años.
Datos	Nacido en uno de los barrios burgueses de la misma ciudad de Pepe. Licenciado en Económicas por la Universidad

del Estado. Y en Empresariales por una Universidad Privada muy prestigiosa en este campo. Ejecutivo de Metalúrgica Fog, S. A. (donde trabaja Pepe). A veces ha tenido choques verbales con representantes de los varios Sindicatos.

Historia

Conozco a Pepe. Como médico visité mucho tiempo a su familia y a él mismo. ¡Buena y brava gente!

Conozco a Paco. Su padre y yo –él veterano, yo novato– remábamos juntos en las competiciones náuticas de la Universidad.

Esto me ha permitido, un mediodía de domingo, sentarles para comer en la misma mesa de una rústica casa montañera, convertida en agradable y sencillo Hostal.

¿Por qué he hecho esta invitación? Primero, les conozco; son estupendos, son amigos míos. Segundo, me ha movido a ello el encuentro con Duclos y Gómez. ¿Lo que éstos decían en el terreno político, no podría aplicarse similarmente a lo social?

Pepe y Paco son fruto de toda una centenaria historia de desarrollo industrial; batallas obreras frente a los engendradores y manipuladores del Capital. Los bisabuelos de ambos eran jóvenes cuando murió Marx. Forcejeos, levantamientos, barricadas, revoluciones, opresiones...

Los dos, Paco y Pepe, están desde las raíces contentos de existir, aunque no lo formulan. Es algo telúrico en la masa de su sangre. Aman largamente a sus esposas. Enseñan que el Sol se llama Sol a sus hijos pequeños teniéndolos sobre las rodillas. Les gusta oír la música –quizás algo diferente– guardada en sus casetes; y salir al campo los fines de semana a pescar. Curiosamente a los dos les place este *hobby*.

Aunque no han ido nunca juntos, van claro a los mismos ríos, los que tienen buenas truchas. Les cuento para empezar – como higiene mental para limpiar de telarañas sus cerebros– que si la historia de esas largas y turbulentas décadas no hubiera sido así, ni ese obrero José, ni ese empresario Francisco, hubiesen nacido.

Si se sienten felices de vivir, de amar, de jugar con sus hijos, de luchar con los barbos, han de aceptar, para poder seguir adelante luego, en el razonamiento, las consecuencias presentes de estos acontecimientos anteriores a sus nacimientos. Son lógicas y además ineludibles: ahí están. Y hay que soportarlas hasta con alegría, pues gracias a lo que ocurrió existimos. Además, nadie hoy es culpable ni de aquellos abatares ni de las consecuencias buenas y malas que han producido.

Paco y Pepe no tienen por qué guardarse ningún rencor. Les refiero la amistad de Gómez y Duclos.

Ciertamente las injusticias fueron verdaderamente injusticias. Los que las cometieron habrán sabido de la comezón en sus conciencias. Aquellas situaciones fueron un mal, ¡qué duda cabe! Pero han sido necesarias para nuestra existencia. Por lo cual para nosotros han sido un bien. No por ello hay que repetir las. ¡Hay que evitarlas a toda costa! No debe hacerse mal a los que ahora *existen*. Precisamente para no hacer daño, es bueno renunciar a resentimientos históricos (¡si gracias a esa Historia existimos!), y al espíritu de venganza contra los que no tienen ninguna culpa por no ser protagonistas de aquellos males, toda vez que aún no habían nacido.

Les decía a Pepe y Paco:

- Tú, Pepe, naces en una familia de obreros o no naces. Tú, Paco, en una de ejecutivos o no existirías. Aceptad esta realidad mutua alegremente y así, libres de complejos, plantearos en común: ¿Podemos hacer algo, *realmente posible*, en pro del bien de ambos colaborando en vez de combatirnos, uniéndonos en vez de recelarnos como han hecho tantas desgraciadas veces nuestros antepasados?

Paco y Pepe me escuchaban en silencio. Trataban de masticar los razonamientos que les exponía. Para algunos de ellos parecía les faltara saliva suficiente.

Seguí:

- Cualquier energía que perdáis en resentimientos históricos (historia, insisto, por la que habéis nacido); cualquier tiempo que malgastéis en injustas recriminaciones mutuas (pues ninguno de vosotros tiene culpa de lo que pasó), es como disminuirías el poder utilizar todas vuestras fuerzas en mejorar conjuntamente la situación presente. Aprovechar en cambio todas vuestras energías y tiempos, será también la manera más idónea de mejorar asimismo la generación inmediata venidera, la de vuestros hijos. Éstos estarían muy contentos si supieran que estáis aquí, juntos, charlando. Por el contrario, si desparramáis vuestras energías en aquellas inanes acciones contra fantasmas,

contribuís a retrasar las *posibles y reales* soluciones para el logro gozoso de unas metas compartidas.

Por fin Pepe arrancó a hablar:

- Creo que más o menos he entendido lo que has querido decir.

Habíamos convenido al principio de la comida tratarnos todos de tú. Siguió:

- Reconozco que son cosas que nunca las había pensado de esta forma. Es posible que tengas razón. Te agradezco además que hayas querido reunirnos para darnos estos enfoques, reales ciertamente, que pueden ayudarnos. Pero estoy pensando otra cosa.

Redoblé mi atención escuchándole. Creo que Paco hizo lo mismo. Después de una pausa, Pepe continuó, aunque parecía que no se acababa de atrever a manifestar lo que iba a decir:

- Paco, en efecto, no es culpable de las injusticias, explotaciones, que hicieron sus abuelos y tantos otros como ellos. Sería tonto e injusto que yo quisiera vengar en él lo que aquéllos hicieron sufrir a mi familia –¡y a tantas otras!– y que produjo que yo naciera, sí, pero siendo de nivel obrero con muchas menos posibilidades de desarrollo que

otras gentes parecidas a Paco. Bien; quedamos en que él no tiene la culpa. Pero él ha asumido esta herencia, y voluntariamente la lleva adelante, haciendo lo mismo o muy parecido que sus antepasados. ¡Y en eso sí que tiene culpa! No de lo que pasó antes de nacer él. Tampoco quizá de lo que pasó siendo niño, ni en su juventud de estudiante, cuando aún no era consciente de los problemas ni influía en ellos. Pero ahora sí es responsable de lo que ocurre bajo su actuación.

Todos guardamos silencio. Pepe jugaba con la cucharita de café sin querer levantar la vista como por un pudor de mirar la cara de Paco.

- ¿Qué dices a esto, Paco? –pregunté.
- Yo te agradezco, también, que nos hayas reunido y nos hayas dicho todo eso tan interesante. Pepe y yo hemos de estar contentos de que sucedieran esas historias, gracias a las cuales, de hecho, existimos. Y creo que ambos aceptamos haber nacido dónde y de quién hemos nacido y ser quienes somos, pues, si no, no existiríamos nunca más. ¿Que esto ha condicionado necesariamente nuestra niñez y formación, sin intervención nuestra ni culpa? Cierto. Son consecuencias de ese pasado (que nos alegra haya ocurrido, pues, si no, no nacemos) que hay que aceptar también realísticamente. Pero ahora ya entramos nosotros a actuar en escena. Pepe me culpa de que yo *me dejo llevar*. Que no introduzco

nada nuevo. Que asumo la herencia que me transmiten de *mando* y, según él, de manipulaciones injustas; me culpa de que perduren estructuras económicas y sociales mantenedoras de desigualdades indignas del hombre.

Pero pregunto a Pepe, ¿no es él en la otra trinchera, reo de lo mismo? ¿No asume también violencias no siempre justas ni justificadas, pues, más que por el bien común, se mueven muchas veces por ideologías de poder que a la postre resultan, como se ve en muchas partes, igual o más opresoras de la persona humana? ¿Está Pepe libre de toda culpa? ¿No se hace también causante de algunos o bastantes males?

Tampoco Paco se atrevía a mirar la cara de Pepe. Más bien buscaba ayuda en la mía.

- ¿Qué dices, Pepe?
- Bueno; aceptamos que también puedo yo cometer demasiadas..., equivocarme, ser injusto a veces. ¿Entonces, qué? Resulta que todos seguimos culpables, la historia sigue con sus injusticias y, por lo tanto, con sus luchas.
- ¿Y... –pregunté–, no puede intentarse algo nuevo? Veamos. Concentrémonos en vosotros dos. No pensemos en otros, de momento. Sólo tú y tú, Pepe y Paco.
Contestad como en una encuesta:
¿Estáis contentos de existir? Sí, por supuesto.

Entonces, primero:

¿Comprendéis que si la historia anterior a vosotros hubiera sido diferente, no habrías nacido?

Este es el punto clave. Mientras no entendáis esto en profundidad, es inútil seguir razonando y todas vuestras actuaciones son castillos de arena. Bien. Parece que sí lo entendéis. Adelante. Entonces, por terrible que haya sido esa historia pasada, para vosotros, en concreto, ha sido un bien, pues gracias a ella existís.

Segundo: ¿Comprendéis que ni uno ni otro sois responsables de los desmanes o excesos que vuestros antepasados cometieron? Sí, lo entendéis también. Y que sería injusto querer vengaros en el otro de lo que pudieron padecer vuestros respectivos padres. ¿Sí, verdad?

Pues si de verdad sentís estas afirmaciones, ¿no os encontráis gozosamente liberados de inútiles resentimientos históricos y también de prejuicios de uno frente al otro? Los dos sois seres humanos, contentos de existir, sin culpa de lo que pasó en la Historia, y que aceptáis las consecuencias presentes de la misma. Pero que precisamente porque os sentís libres de resentimientos y de ganas de venganza contra quien ninguna culpa tiene, podéis ser amigos y trabajar juntos aportando lo que *realmente* cada uno tiene, para compartir un mundo de una manera equitativa y gustosa.

Tercero: liberados de estas ilógicas rémoras, ¿queréis, acaso, volver voluntariamente a caer en ellas ha-

ciendo las mismas violencias o injusticias que cometieron vuestros padres y abuelos, o preferís ser *vosotros mismos* y empezar en la amistad a caminar juntos rompiendo este círculo vicioso que os atenaza y destruye?

Ya sé: es difícil que lo entiendan así otros; muchos líderes, muchos directivos... Es igual. Basta esta tarde, aquí, que lo entendáis vosotros.

No quererlo entender, es querer permanecer en la prehistoria, pues dejáis importantísimas parcelas del ser del hombre sin desarrollar; aquellas de la compresión y del abrazo. No quererlo entender es empeñarse en permanecer en un estadio mágico, prelógico, confiando en la respectiva fuerza o en la fuerza milagrosa de las ideologías.

Es permanecer en los balbuceos de una sociología y economía muy lejos del desarrollo de la física y de la astronáutica actuales, de la cibernética y hasta del arte de hoy que tanto aúna. Es estar igualmente lejos de los progresos en el conocimiento de la psicología humana.

¿Queréis ser trogloditas aún u hombres verdaderos, armoniosamente adultos, del presente?

En fin, os dejo. Regreso a la ciudad. Me llevo el coche con que os traje. Vosotros veréis cómo volvéis juntos.

¡Ah! –dije volviendo unos pasos hacia ellos–. Tú, Pepe, tienes un hijo pequeño de 4 años, ¿no? ¿Le quieres? Sí, ya sé. Me has dicho que te avergüenza decir que es tu preferido.

Y tú, Paco, tienes una niña de tres, que adoras. Pues bien, si todo lo ocurrido hasta hace esos 3 o 4 años, no hubiera sido como fue, nuestras vidas recientes también habrían sido distintas. ¡Y esos niños no existirían! ¿Veis? Hasta os alegráis de vuestras luchas de hace poco años, ¡que han hecho nacer a estos hijos que no cambiaríais por nada!

Olvidad, pues, vuestras rencillas, ¡y construid, en la amistad, un mundo más feliz precisamente para esos hijos que realmente ya existen!

LA EXISTENCIA

HISTORIA 12^a

I. Ricardo y Ana: poesía
del ser

II. Los lejanos niños:
tragicidad del ser

III. ¿Seres para nuestro
pasado?

HISTORIA NÚM. 12

Nombre	Pongamos... Ana.
Edad	Cada año un año más. (Decirlo así es lo discreto)
Datos	Reina de un antiguo reinado que con la descolonización va reduciéndose a sus antiguos límites. Pero mujer poderosa aún en jerarquía internacional, en bienes materiales públicos y personales, acumulados por guerras y generaciones. Casada. Tres hijos. El príncipe heredero, claro, entre ellos.
Nombre	Ricardo.
Edad	La misma que la reina (más o menos).
Datos	Obrero. De ese mismo país. Por la recesión, a veces sin trabajo. Tiene una casita y también está casado. Cuatro hijos. Más de un oficio. Ejerce el que tiene ocasión.

Historia

Esta historia puede parecer un cuento un tanto poético. Pero es rigurosamente cierta. Me la transmitió un joven que, queriendo perfeccionar la lengua extranjera que estudiaba, se alojó todo un verano en casa de Ricardo, en el país de esa lengua.

Este muchacho, discípulo mío, habló a Ricardo –quizá para hacer prácticas de idioma– del *realismo existencial*. Y Ricardo, que quizá por sus ocios forzados había afinado mucho su pensar, dio muchas vueltas a esas cosas que oía. Como hombre del pueblo, era espontáneamente existencialista... y sin prejuicios intelectuales.

Siempre había sido muy amante de la libertad, pero sólo en su corazón. No había militado nunca en ningún partido revolucionario. Al no tener, pues, antecedentes sospechosos, un día pudo ser contratado para peón de jardinero en los parques reales.

Ricardo contó a su joven huésped que una mañana, mientras trabajaba podando los rosales, la Reina, conduciendo ella misma un coche, cruzó sola, paseando por aquellas avenidas. Volvió su vista afable hacia los que cuidaban de sus arriates y parterres, y les saludó levemente con la mano.

Ricardo sonrió. Era la primera vez que aquello ocurría. Ignoraba si esto era ordinario. Quizá sí, sus compañeros más veteranos, habían tenido otras ocasiones de ver pasar a la Reina.

Quedó mirando el oscuro coche que crepitando la gravilla se alejaba despaciosamente. Refirió que luego, mientras reanudaba su trabajo en la rosaleda, fue pensando:

—La Reina. Yo. ¿Qué nos une? ¿Qué nos diferencia?

¿Qué poseemos en común? ¿Qué por separado?
Ella es un ser humano. Yo también.
Ella podría no haber existido, pero tiene la alegría de haber nacido, como dice mi joven amigo. Yo también.
Tiene manos, cuerpo... Yo también.
Ve paisajes, acaricia las cosas, tiene un corazón que pulsa y siente; una piel que se estremece al contacto con la persona que ama. Yo también.
Tiene el prodigio de unos hijos que nacen sin saber cómo se han organizado tan exactamente: todos sus huesecillos; y los dos ojos, las dos orejas, su naricilla, están precisamente en su sitio... Yo también tengo hijos, ¡y son cuatro!
Ella morirá. Yo también tengo mi muerte.
Quizá tenga alegría redoblada de vivir, porque haya llegado a pensar que podía no haber nacido; ni Reina, ni nada. Gracias a mi estudiante, yo siento asimismo esta trepidante alegría y sé exactamente que soy quien soy o no sería.
Ella respira el aire. Yo, la misma atmósfera, la que ella exhala. La Reina la que yo exhalo. ¡Nos une el viento!
Escucha el canto de los pájaros. Yo el de los mismos pájaros. Come frutos y otros tesoros escondidos en la tierra: nabos, zanahorias...; o colgados de ramas gráciles: guisantes, dorados tomates... Yo también.
Se sorprende con la belleza siempre nueva de alguna flor recién aparecida. Yo también... ¡Cuántas

cosas nos son comunes! Las más esenciales, las más necesarias, las *que hacen más felices*: la compañía amable, la belleza, el aire... Y... ¿qué nos separa? Vestir de un sastre o de un almacén *pret-a-porter*. Comer en un plato hecho en Limoges o en otro más grueso hecho más cerca (aunque en ellos, ¡idénticos guisantes y lechugas!). Llevar guantes de cabritilla o de lana de cordero.

En medio del ancho mundo, dormir en un espacio de paredes más separadas o en otro de más cercanas (gana el que duerma arropado con más amor).

¿Qué más? Sostener papeles y pluma para la firma o sostener rosales y una pala para plantarlos. A veces durarán más los rosales que las leyes. O darán mejor perfume.

Así, ¿qué pesa más, lo que nos separa o lo que nos une?

La Reina volvía de su paseo. Ahora fue Ricardo el que adelantando medio paso, apoyado en la azada, con un afectuoso gesto de la otra mano, saludó sonriendo. Hermanos en la vida y en la muerte. Ellos dos, dos grandes montañas de existencia en medio de la nada. Una, la Reina, con una piedrecita más en su cúspide, es decir: unas paredes diez centímetros más anchas, una adulación mayor, una distancia de más metros con los demás seres humanos... Dos montañas en realidad iguales. Igual vida; iguales palabras: existo, deseo, amo, muero.

Si lo que es distinto es tan poco comparado con lo que es común, ¿para qué matarse, matar y morir también acaso –co-

mo a veces había soñado en su turbulenta juventud—, destruyendo esa hermosa montaña gigantesca del existir, tan igual a la suya excepto en una insignificante piedrecita más?

II)

Ricardo volvió a su casa. Iba eufórico sintiéndose enorme Himalaya en medio de la nada. Rey de la nada. Rey existente. Rey entre toda una larga cordillera de reyes que existen... ¡Todos iguales en esplendorosa masa y altura! ¿Qué son, qué, las pequeñas rugosidades de la cumbre que las diferencian?

Saludó a mi amigo y a sus chiquillos alrededor de la mesa donde humeaba la sopera preparada por la incansable esposa.

La televisión empezó el noticiario de la tarde. Los niños de Camboya huyen despavoridos, sin nada, escuálidos, famélicos. Y transmitía unas secuencias breves de un precipitado y nervioso reportaje que mostraban sus caras desnutridas, más allá de lo pensable, madres agotadas con rictus de desespero llevando como pingajos humanos sus criaturas agonizantes en sus brazos, o como colgados de unos pechos de puro pellejo.

Ricardo fue sorbiendo su sopa cada vez más lentamente. Se le había pasado el apetito. ¡Tan contento que estaba antes!

Él sí podía compararse con la Reina. Seguramente ella a esa hora también tomaría un caldo apetitoso bien caliente. Pero, ¿esas criaturas, hijas de la guerra y de la huida, eran también montañas gigantescas en medio de la nada? Apenas nacidas, sin ánimo de mirar y comprender la belleza de una rosa, ni nada les decían a sus asustados ojos los paisajes

camboyanos, tan bellos y sonoros, ahora grises y rotos por el humo, la metralla y los estruendos... Ni el aire era amigo cuando los ahogaba tan cálido y sofocante... Y morir poco después, sin haber gozado nada, ni del saber que se existe. ¿Acaso bastaba para justificar su vida sentir una caricia amorosa de su madre? ¿Y los que ni esto sintieron?

Ricardo deseó salir a enrolarse con los que luchan contra los que *ahora* libre y conscientemente quieren mantener a su provecho (o retóricamente en bien *de las generaciones futuras*) unas estructuras que producen esos niños y el dolor de esos mismos niños, estas miradas de terror y desesperación. Estas guerras... Deseaba convocar a todos a una empresa de paz... ¿Quién le oiría? ¿Dónde encontraría a otros como él? ¿Acaso la Reina?...

Le martilleaba el pensamiento: no, no perder el tiempo en luchar contra los que no tienen culpa; los que al igual que él y tantos han nacido gracias a los que antes fueron los desencadenantes de estos males. Pero reunir a los que hoy pueden, quieren, deben, corregir y erradicar esas consecuencias del pasado.

Ricardo rechazó el pudín que su mujer le había preparado de postre. Y salió de prisa hacia el *pub* donde estaban ciertos compañeros suyos, Montañas, sí, en medio de la nada. Pero que además querían sencillamente que los pequeños montículos de los que nacen, llegaran a ser también la montaña que llevaban dentro.

Acaso sí baste a estos niños una caricia, una sonrisa para sentir para siempre que el bien existe.

Pero Ricardo quería más; al menos que fueran como él.

Hablando con sus compañeros del *pub*, cerveza en mano, uno dijo:

III)

Reunid unos cuantos chiquillos a jugar; cuanto más pequeños más claro se ve lo que quiero expresar. A veces les contemplo en mi barrio, sobre el poco césped de la plazuela. No tienen prejuicios entre sí. Uno es negro, otro albino, otro de estos asiáticos del sudeste que dices; algunos de padres mejor situados, otros de muy recién llegados y aún sin trabajo... Juegan, ríen, se pelean a veces, hacen las paces. Se quieren. Son amigos. Sin embargo pronto vendrá el que en las escuelas les enseñarán Historia. Sabrán que los blancos colonizaron a los negros. Que hubo esclavitud. Que hay ideologías irreconocibles. Que Asia muere a veces de hambre. Y empezarán a mirarse con recelo. Sentirán cada uno como si en sus pequeños hombros cayese una pesada herencia de sus respectivos antepasados. Empezarán a distanciarse unos de otros; a sentir resentimientos mutuos y quizás hasta odiarse y desear vengarse en sus antiguos amiguitos, de las injusticias recibidas en sus pueblos o razas...

¿Vale la pena enseñarles historia para esto? ¿Para matar su felicidad, su recién estrenada hermandad humana, su alegre amistad?

¿Habría que dejarles sin cultura entonces?

¿Es verdadera cultura hacer pagar a los hijos las culpas — de los padres? ¿Es eso quererles?

— ¡Claro que hay que enseñarle historia –y todo–, pero para que no repitan sus errores, sus egoísmos, sus ambiciones...! Hay que enseñársela, pidién-doles a la vez perdón. Ellos... ¡que renazcan libres de herencias, de trabas! Que puedan seguir siendo amigos sin prejuicios. Que puedan ser amigos todos los de su generación. Porque les hayamos redimido y dispensado de las cargas de nuestras culpas. Que sean nuevos, y libres. No aprisionados por la historia de sus pueblos, historia que ya pasó y ellos no tienen, de ella, ninguna culpa personal. Que puedan cimentar cada vez una historia más humana, más amiga, más feliz.

Nos empeñamos en que las nuevas generaciones, que desearían vivir en paz y alegría, se conviertan en servidores y esclavos de nuestra historia. Y no que la historia se ponga al servicio y ayuda de ellos, de su pleno y armónico desarrollo de hermandad humana.

Un judío del grupo, converso al protestantismo, recordó:

Sí; es aquello tan contundente y de tantas consecuencias, y que tan fácilmente olvidamos: que no — es el hombre para el sábado, sino al revés.
Ni el hombre para la humanidad, sino ésta para aquél.
O sea –siguió Ricardo– que lo que hay de ser humano — en mí, es para mi persona; no mi yo para mi humanidad.

—

DOS HISTORIAS COMPLEMENTARIAS DE LIBERTAD

HISTORIA 13^a

Carlos: de creer

HISTORIA 14^a

León: de vivir

HISTORIA NÚM. 13

Nombre	Carlos.
Edad	45 años.
Datos	Profesor de una Universidad muy moderna, pero a la vez de muy antigua solera. Dictaba Historia y Filosofía de las Religiones. Él, más bien es ateo... quizá sólo agnóstico.
Historia	En su clase defendía la libertad. Sostenía que todas las religiones «civilizadas» (las que descubren, respetan, defienden y promueven la dignidad y los derechos de la persona y de los grupos humanos) debían desear por un lado que los Estados les reconocieran entera libertad para su ejercicio, su culto, su propagación. Por otro, no debían estas religiones imponerse a nadie. Todas debían respetar las opciones libres de la gente. Incluso la de no querer ninguna creencia. Abrazar una fe sin libertad no sirve para nada. Todos deberían comprender que una seudoprofesión no tiene verdadera influencia –sino negativa– en la conducta ética que debería derivarse.

Coincidía yo muchas veces con el Profesor en los comedores universitarios. Y algunas, con nuestras bandejas nos sentábamos en la misma mesa. Me decía:

- Hasta la Iglesia llamada católica –quizá la que más autoconciencia tiene y manifiesta de *poseer la verdad*–, desde ese Concilio que han hecho, ha proclamado la Libertad Religiosa. Defiende que cada grupo pueda existir según su conciencia, practicar sin trabas sus obligaciones, ritos y normas con los naturales límites, lógicamente del bien común de todos; afirma que es un derecho poder decidir con libertad la propia vida religiosa.

El Profesor nació en un mundo cultural no católico. Abrigaba seguramente congénitos prejuicios. Por eso exclamaba con sorpresa:

- Al fin la Iglesia Católica no quiere privilegios, que por otra parte de nada sirven. Sólo quiere libertad. Pero claro, no sólo para proclamar su credo, organizar reuniones de culto, o expresarse en los *mass media*, sino también *para poder vivir* en católico. Que sus miembros puedan regir su vida profesional, familiar, económica, social..., según sus esquemas y exigencias católicas. O hindúes para los hindúes o islámicas para los mahometanos, o teosóficas para los teósofos...
La libertad religiosa es «eso». Si un católico o un hindú sólo pudieran cultivar su religión en los templos, pero

luego se vieran obligados y constreñidos a vivir según unas estructuras contrarias a su credo, sería una tortura para sus conciencias, un constante displacer. Y hasta una angustia existencial de es-quizofrenia transcendental.

Karl, como le llamaban por su origen amigablemente sus alumnos, era locuaz y un punto vehemente. Seguía:

- En una recta sociedad pluralista, cada grupo religioso tiene derecho a desarrollar su vida familiar como crea que corresponde; a trabajar en empresas que no le obliguen en nada a ir contra su conciencia. A tener lugares y modos de encuentro y esparcimiento de acuerdo con sus valoraciones e ideales... Respetando todos, claro, lo de los demás.

Ningún alumno *civilizado* que le escuchara tenía nada que objetar. Su mesa era concurrida, y también las más cercanas, para oírle en este *plus-self-service* de magisterio. Todos estaban conformes –les parecía obvio– que no sólo se tiene derecho de creer y de hablar, sino de vivir de acuerdo con lo que uno cree y habla.

Pues, bien, pasemos a la historia siguiente de la que ésta es sólo trampolín.

HISTORIA NÚM. 14

Nombre	León.
Edad	47 años.
Datos	Profesor igualmente, pero en otra Universidad bien distinta y distante de la anterior. Si no tanta, con cierta solera asimismo. En la década de los 70, lugar de sonados <i>striking</i> s. Su Materia: Derecho Público. Sin fe en ningún partido político concreto. O con un poco de fe en todos.
Historia	En sus explicaciones defendía también la libertad. Insistía en que <i>no se ha hablado aún</i> o bastante de la <i>dictadura de las mayorías</i> . Una dictadura sutil, agazapada. Pudiera parecer, es verdad, la menos mala de las dictaduras, ya que es la mayoría la que la quiere. Son, pues, menos los ciudadanos que se sienten oprimidos por ella. Pero, ¿por qué los mayoritarios deben imponer su <i>modo de vivir</i> a todos los demás?

¿De qué sirve que dejen libertad para que cada uno piense como quiera, celebre reuniones con sus correligionarios, tenga libertad de expresión, si luego no puede vivir –¡su única vida en este mundo, que se escapa velozmente además!– acorde con sus creencias e ideologías? Se ve obligado el comunista en los países capitalistas a trabajar en un régimen de libre empresa que le repugna, por ejemplo; o el liberal en los países socialistas, a desenvolverse en un ambiente de predominantes iniciativas estatales, etc.

¡Menguada libertad! ¡Mucha menos de la que exigen y dan las religiones!

Me interesaron sus puntos de vista, que llegaron a mis oídos circunstancialmente en un viaje. No mucho después pude ir a esa Universidad y logré me presentaran al profesor León.

En su cuarto, forrado de libros, barricadas de revistas y humo como de batallas, donde tantos alumnos recibía como tutor, tuvimos una charla que duró cuatro pipas por su parte.

Ahora oía de su propia voz:

- Un Estado plural debe dar esta oportunidad: que sus ciudadanos no sólo puedan profesar las ideas políticas que crean mejores, sino que puedan vivirlas en su trabajo, en su familia, en sus ocios y hasta en su muerte.

No es verdadera libertad la que nos obliga a vivir como no deseamos. Que nos obliga a seguir el ritmo, talante y estructura de la *mayoría dominante* de turno. Máxime cuando a veces basta para que

un grupo gobierne una escasa mayoría relativa; la cual siempre encuentra, por unas u otras maneras, el apoyo parlamentario necesario de grupos irrelevantes, pero suficientes.

No constituye una esperanza bastante el que libremente se pueda hablar; y hablar para, conquistando más votos, alguna vez un grupo minoritario pueda alcanzar esta mayoría relativa y gobierne al fin. ¿Y qué hará? Pues impondrá igualmente sus propios sistemas económicos, sus modos, sus estructuras... Se hará dictador por un tiempo. Obligará a vivir a los demás como no es congruente con los modos de pensar de ellos... ¡Lo mismo que criticaban antes por padecerlo en su carne!

Todas las minorías viven con su conciencia *distorsionada*. En permanente tensión y disgusto. No me refiero a minorías étnicas o regionales, sino incluso dentro de estas mismas hay otras minorías de los diversos pensamientos. Hoy –y siempre– es una utopía que *los pueblos*, por mucha unidad étnica que tengan, piensen y deseen vivir igual. No serían pueblos de personas, sino rebaños.

Un alumno novato que estaba con nosotros le insinuó:

- ¿No bastaría una libertad de las gentes de todas las naciones para desplazarse e ir a vivir a aquellos países donde gobiernan los sistemas de sus preferencias?

El Profesor León sonrió:

— ¡No habría bastantes medios de transporte para este trasiego! Además, también la gente tiene derecho a vivir donde nació, donde tiene sus vínculos y sus amigos –que a lo mejor no piensan como él–; derecho de gozar sus entrañables paisajes, vivir sus fisiologías adecuadas a su clima, sus típicos alimentos... Su sol, o sus nieblas...

Por otra parte, no deben ser necesarios estos traslados. Pueden arbitrarse medios más sencillos. Lo primero hay que desmesianizar a las ideologías políticas. En el fondo, desgraciadamente, cada una cree que posee la mejor verdad en lo económico, en lo social; y creen que lo más adecuado es lograr imponerla a todos para el propio bien de todos. Esa clase de políticos están convencidos de que más o menos tarde ya se darán cuenta todos de que tienen ellos razón y hasta les estarán agradecidos. Tampoco ven que en ese terreno aún hay menos *absolutos* que puedan haber en otros. Porque no sólo es *cuestión de ideas*, sino de *idiosincrasias*. Es decir: hay gente que por carácter, temperamento, prefieren vivir en un sistema en que se lo den ya todo hecho, planificado. Son así. Más infantiles o cómodos, prefieren un Papá-Estado. Otros se mueren si no pueden tener iniciativas aún con riesgos de fracaso; preferirán otro tipo de sociedad. Algunos aman confiar tan sólo en la solidaridad...

Además hay otro fenómeno. Ningún partido gobernante puede tener éxito –ni con el uso de la fuerza– en sus planteamientos. Pues como arrastra una masa disconforme, ésta, en vez de colaborar con entusiasmo, será un lastre. La oposición sabe bien que contribuir al fracaso de los que gobiernan es el mejor modo de abrirse camino para alcanzar el poder.

Y otro factor a tener en cuenta: la gente es *teórica* muchas veces en sus ideologías. Mientras no las viva en la práctica, no puede saber si de verdad le gustan y si son tan eficaces como le dicen los líderes.

- ¿Y qué habría que hacer? –insistió el mismo estudiante pelirrojo mordiéndose las uñas.
- Imitar las religiones que exigen y defienden que cada uno pueda vivir de acuerdo con su credo. Ellas nos llevan mucho ganado en este campo.
- Pero –pregunté yo–, ¿no le parece esto muy difícil en lo político?

El Profesor León sonrió de nuevo: y me preguntó a su vez:

- ¿Cómo ha viajado usted hasta esta ciudad?
- En avión.
- ¿Por qué? Podía usted haber venido en coche, en tren, hasta en barco por el río.
- Encuentro el avión más cómodo, más rápido.
- Sin embargo hay muchas personas que prefieren viajar por tierra de un modo u otro; o por mar... El Estado

hace que haya redes de transporte por aire, y trenes, y autopistas, y barcos... para que los ciudadanos viajen según sus gustos y conveniencias. También les permite viajar a pie si lo desean –añadió medio riendo. Pues bien, ¿por qué no puede uno ir por la vida en su país por un sistema económico de congestión a la yugoslava si se desea, mientras otros van por los raíles del socialismo clásico u otros por la libertad de las carreteras... o el mar?

Si el Estado proporciona la libertad de modos de viajar, y sale garante de que haya estas cuatro redes de transporte, ¿por qué no hace que convivan cuatro o más sistemas ideológicos para que cada ciudadano se apunte donde quiera para vivir? Debe garantizar también que si uno quiere cambiar, cambie sin que nadie se lo impida o moleste. En la práctica ya se verá si unos sistemas van a más por eficacia y números de usuarios, u otros van a menos. Pero todas las gentes vivirán a gusto, pues *viajarán* según lo que elijan y deseen. Y así, además, se verá mejor de lo que son capaces estos sistemas sin la rémora de los disconformes dentro de ellos. Como algunos países reparten el impuesto religioso en proporción del número de miembros de cada Iglesia, más o menos de igual modo podría darse acceso a la riqueza nacional de forma proporcionada a cada Partido Político.

La democracia daría un *gran salto cualitativo* hacia adelante...

El pelirrojo dejó de morderse las uñas, apretó sus labios hacia dentro y miró *adelante* a través de la ventana abierta. El parque, justo, empezaba a florecer.

LA SEUDOLIBERTAD

HISTORIA 15^a

Raúl Alfonso: de matar

HISTORIA NÚM. 15

Nombre	Raúl Alfonso. En su país gusta la gente poner nombres dobles. Así menos coincidencias con otras personas. Y como más personalidad. Y quién sabe si más protección de lo alto.
Edad	De tenso revolucionario que todo lo ve claro. ¿19, 21 años?
Datos	Por supuesto que tiene razón en casi todo lo que dice de injusticia social que padece el pueblo, al que tan vinculado se siente por nacimiento, convivencia, sudores y afectos. Pero...
Historia	Frente a tanta injusticia más aún que coyuntural, de clases y de estructuras, cree que la única solución es lograr la revolución y ésta, rápida, por la violencia. La guerrilla, la huelga salvaje, el levantamiento, el asalto al poder. Había tenido Raúl Alfonso que huir de su país. Habían matado a varios compañeros suyos de grupos clandestinos, de una ráfaga de metralleta policial, en las puertas mismas

de la universidad. Su vida peligraba igualmente. Sus jefes le dijeron, le mandaron, que de momento huyera. Ya era en exceso conocido.

Cruzó la frontera a *monte y selva traviesa* no sin nuevos riesgos. De momento estaba a salvo... tampoco quizá por mucho tiempo, pues esas naciones vecinas acaso pronto se volverían beligerantes...

Me lo presentaron unos amigos pidiendo ayuda para él. Luego nos quedamos charlando solos, teniendo enfrente una playa ya solitaria en aquel atardecer, y el mar. Un mar de color rojos-rosados por el crepúsculo de un sol que se iba precipitando sin remedio entre tiras de nubes bajas, a ese mar; allá, por el horizonte que parecía a esta hora algo vivo.

Raúl Alfonso me contaba todas las injusticias y atropellos de los poderes oligárquicos de su tierra. Y las atrocidades de la policía a sueldo y de paramilicias a sobresueldo. De verdad todo incomprensible y terrible. ¡Cómo el hombre, los hombres, el ser humano, puede ser tan egoísta, cruel, y a la vez miope de no ver que se labra debajo su propio volcán!

Al fin calló. Se daba cuenta de que yo le había escuchado sin prisa, incluso emocionado.

Se acercó a la playa a recoger su camisa –su única camisa–, pues aquel sol ya casi del todo horizontal no lograba caldear lo suficiente la brisa que habíase levantado a volar hacia nosotros.

Al volver siguió en silencio como esperando que yo hablara. Parecía desear conocer mi reacción a esas nuevas que él

traía como un tesoro, para despertar a las gentes lejanas a la tragedia de su pueblo. Las había ido esparciendo a su alrededor como quien expone sobre un tapiz su exótica y preciada mercancía.

- Raúl Alfonso... Sí; piensa en tus amigos, tus compañeros, tu novia, tu familia, el pueblo todo de tu país... Sí; piensa en ellos. Y ámalos. Porque lo merecen; porque sufren, sueñan, luchan. Desean justicia y libertad para amarse. Desean paz. Son dignos de ser amados. De luchar junto a ellos por ese bien que anhelan y entrevén. Pero, ¿cómo conseguir ese bien? Voy a decirte una cosa que querría la entendieras en toda su verdad y hondura. Por no entenderla, tantos gobernantes de uno y otros ideales hacen tantos estropicios. ¿Sabes? Eso que voy a decirte, ¡por fin lo comprenden y lo explican incluso algunos profesores en sus universidades!

Raúl Alfonso levantó ligeramente las cejas, expectante.

- En las naciones, tanto si van mal como bien, con pocas o muchas injusticias, en el futuro habrá gente. Gente que habrá nacido –y así se podrá alegrar de existir– gracias a que su país ha ido como ha ido, pues, si hubiera ido de otra forma, mejor o peor las cosas, los encuentros, los amores habrían transcurrido por otras circunstancias y momentos, y existiría otra gente en vez de ellos...

Raúl Alfonso arrugó el entrecejo como queriendo apretar el iris de sus ojos para ver mejor el sentido de lo que yo decía. Luego enarcó más las cejas como algo perplejo. Trataba de entender con seriedad eso que por primera vez oía.

Yo fui despacio, paso a paso, explicándole lo que está apuntado también en una anterior Historia: la de Octavio.

— Son los *presentes* los que por lo tanto importan. Los que en realidad existen. Y sufren. ¡Los únicos que de verdad existen! Esos que amas, que conoces su timbre de voz y sabes su olor.

Hay que luchar, sí, por el *bien de los presentes*. De ahí que todo lo que en aras de un futuro –incluso de un futuro hipotético suyo– los haga sufrir o los destruya, no es liberación para esos seres que existen, que son los únicos que existen y es ésta su única existencia en la tierra. Nunca su posible destrucción puede ser liberadora para ellos.

La sociedad organizada se sacude luego los remordimientos levantando arcos triunfales al *soldado desconocido*. Si conocieran su rostro y nombre le tendrían miedo. Un soldado concreto con su familia, sus amigos, su historia, es una acusación. Prefieren elevarlo –con excusa de homenajear a todos– a concepto abstracto.

Por eso temen al cabecilla, al héroe revolucionario que ha muerto. Las masas lo resucitan. A los soldados desconocidos los dejan en sus tumbas entre llamas y banderas.

¿Luchar por los que vendrán?... ¡Siempre vendrán unos u otros!, que se alegrarán precisamente de haber nacido, gracias a que las cosas hayan ido como han ido, ¡bien o mal! ¿Lo entiendes?

Raúl Alfonso iba a hablar..., pero siguió callando. Se percibía que esta visión realista de las cosas, suscitaba en él una sucesión de preguntas –y acaso de urgentes respuestas– tan rápida y aún confusa, que no supo perfilar unas palabras concretas y se quedó con los labios entreabiertos, pero sin emitir ningún sonido.

El sol parecía una barca blanca enarbolando como una vela triangular, un jirón de nube amarilla. Curioso: el mar, bajo el viento se había quedado calmo como si la brisa lo alisara en vez de encresparlo.

— Raúl Alfonso. Voy a proponer algunas cuestiones... La violencia que tú crees que, sino el mejor, es casi el único medio eficaz para proporcionar bien a tus compatriotas del presente, no sólo va a producir heridos y muertos entre los que ahora dominan, sino que también –¡y muchos!– entre los que ahora sufren las injusticias. Queriendo librarles de unos males, les das otros irreparables. ¡No se arregla su existencia quitándoles la existencia! La *muerte de los inocentes*, ¿quién puede provocarla? El bien primero que hay que defender de los pobres y de los oprimidos, es su propia vida. Se podrán arriesgar muchas cosas, menos ésa, que quizás es el único tesoro verdadero que poseen.

Encima, los poderosos que mandan, se resguardan mejor y hasta hacen nuevos negocios con las armas que empuñan los que quieren destruirles y aquéllos que a sueldo les defienden. No son ni los guerrilleros ni los soldados precisamente quienes las fabrican. Morirán también algunos o muchos del Ejército, que son asimismo pueblo, tu pueblo, tus hermanos.

A la postre, con otras caras, serán aquellos mismos poderosos los que se ofrecerán para construir la paz, que después de tanto dolor y muerte todos desean. Después de la Revolución Francesa llega, nada menos, que un Emperador: Napoleón. Puso en paz a Francia e inventó nuevas guerrillas con millones de muertos.

Se hace violencia y se muere para acabar deseando con nueva clarividencia la paz..., porque lo que más se desea es existir, respirar, amar al que se ama, aunque sea sin tener casi nada, más que a la persona amada, que es la máxima riqueza.

La barca del sol, sin darnos cuenta, había desaparecido de nuestra vista, siguiendo su viaje más allá del horizonte, para llevar su carga de luz a otras islas, otros continentes.

- Por eso, Raúl Alfonso, por el bien de tu pueblo que amas, de esta población que existe y que cada componente tiene nombre y sangre, hay que inventar, arbitrar, modos de lucha incruentos; que no tengan que morir para salvarse. Uno puede no temer morir

por los amigos. Pero para que éstos no mueran. Nunca hay que querer que los amigos mueran para que el líder que queda vivo los salve de las injusticias presentes, cuando, muertos ya no pueden sentirlas. No se puede hacer morir a nadie por *la causa* –la que sea– aunque se les diga que ésa es también la suya. La suya es ante todo vivir y poder amar.

LA DIFUSIÓN DEL SER

HISTORIA 16^a

Julián: padre sin serlo

HISTORIA NÚM. 16

Nombre	Julián.
Edad	35 años.
Datos	Médico. Casado. Su esposa, por unas inflamaciones fímicas de joven, en sus trompas ováricas, no puede tener hijos. Julián, a pesar de ser médico, ni han querido recurrir a problemáticas operaciones ni a fecundaciones e implantaciones artificiales...
Historia	<p>Julián había conocido a Octavio en Barcelona, cuando éste pasó sus vacaciones aquí. Se habían hecho muy amigos. A ambos les gustaba el deporte de la vela. Regateaban juntos con frecuencia y hasta habían ganado una copa en el <i>snaipe</i> de un hermano mayor de Julián.</p> <p>Al regresar yo de América, me encontré un día en la calle a éste y le dije había estado con Octavio. Entramos a sentarnos en una cafetería.</p> <p>Tuvo interés en que le contara todos los detalles de mi entrevista con Octavio y su familia. Le interesó mucho</p>

esto de que siempre *habrá otros* que se alegrarán de que las cosas fueron como fueron. De atender, por tanto, a los presentes...

- No tengo hijos, ¿sabes? Mi esposa no puede tenerlos.
- Sí; lo sé.
- Pero soy padre... de muchos.
- ¿Cómo? No creía que tu espíritu liberal te hubiera llevado a estos extremos.
- No entiendes.
- ¿Qué quieres decir, pues? ¿Que eres padre de los enfermos a quienes les has salvado la vida? Pero ya veo, por tu sonrisa y el mayor entrecerramiento de tus ojos, ya chicos de ordinario, que parece quieres decir otra cosa.
- En efecto. Mira. Yo sentía con mi matrimonio sin hijos como una cierta frustración. ¡No dar vida, pudiendo hacerlo! No tener unos descendientes...
- Parece serlo en realidad.
- ¡Pero tengo hijos!

Puse cara de extrañeza, pues adivinaba por su seriedad que había que descartar sugiriera una doble vida con amigos o amantes.

Siguió:

- Tenemos un concepto de paternidad mostrenca y a la vez abusiva. Por eso muchas veces los padres son *exclusivos* y *posesivos*.

- Sigo sin entender.
- Un poco de paciencia y verás en seguida lo que pretendo explicarte. Y te pongo un ejemplo fácil para referirme luego a algo más complejo, pero igualmente claro y verdadero. Yo también, como Octavio, tenía una novia cuando aquel verano que éste pasó con nosotros.
- Luego rompí mi noviazgo. ¿Sabes por qué? Sus padres murieron en un accidente. Ella tuvo que hacerse cargo de sus hermanos. Su situación económica no era buena. Yo, entonces aún estudiante de medicina, tampoco podía ofrecerle ninguna seguridad en este aspecto. Sabía que otro, buen muchacho y pudiente, estaba también enamorado y le ofrecía todo el amparo que a mí me era imposible ofrecerle. Pretextando piques, me retiré. Sencillamente porque la amaba de veras.

Quedamos un momento silenciosos. Una emoción contenida hacía vibrar casi imperceptiblemente los pequeños párpados de mi amigo.

- Hoy tiene dos niñas. Estas niñas existen, *gracias a mí* también. Si me hubiera casado con su madre —era lo normal previsible— hoy habría otros hijos de ella y de mí. Estas niñas, no. Gracias precisamente a mi sacrificio, de verdad te digo generoso, ellas existen. Con mi, digamos abstención, soy real consecuencia, absolutamente necesaria *de facto*, de su existencia. Sin mí ellas nunca hubieran sido.

Quedé sorprendido.

Julián parecía ahora que se divertía con mi sorpresa.

- Se cree que ser padre es sólo ser causa fisiológica. Cierto que esta causa es la inmediata y también necesaria, ¡cómo no!, pero no es *la única*. Todas las causas conscientes que libremente hayan intervenido en hacer posible un ser humano, son concausas en esa paternidad. Ni unas causas ni otras conocían de antemano de qué hijos concretos se trataría. Cierto que no forman una paternidad unívoca. Son analógicas, pero reales y verdaderas. Y... ¡Quién sabe cuál tiene más valor! Yo amo a estas niñas, que por mi actuación han nacido. Y no las conozco aún.

Hubo otro silencio.

- Bueno —dije yo—, pero eso, de un modo u otro, nos pasa a todos. Nuestras relaciones con los demás influyen en sus concretos aconteceres. Y así les han nacido quienes les han nacido.
- Exacto. Eso sólo demuestra que la paternidad es difusa; no es sólo propiedad de los padres fisiológicos; los demás, la sociedad toda en diversos grados tiene su parte. Por eso la paternidad no puede caer en *exclusivismos*. La familia es abierta desde sus mismas raíces.

Darse cuenta de esto haría más humildes a los padres y comprenderían que los hijos quieren abrirse al mundo, ya que de todo este mundo también vienen.

Ni los hijos existen solamente gracias a sus padres, ni sólo son para ellos.

— O sea que tú y yo somos padres de muchos que ni conocemos ni sabemos.

— La paternidad es una claridad que rodea la luz y que se va difuminando en penumbra al alejarse el foco. El foco es la vida misma; rodeándolo están las concausas que han hecho posible el nuevo ser. Muchas de ellas, ciertamente, quedan muy periféricas, ignotas. Pero las cercanas pueden ser harto conocidas; gracias a mis consejos de médico han nacido niños que, sin esta orientación o tratamiento a los padres, nunca hubieran existido. Quizás esos padres hubieran podido recurrir a otro médico y hubieran podido tener otros hijos..., pero *éste* —el que tienen ahora— no existiría. *Éste*, existe gracias a mí.

Cuanto más libre y consciente, cuanto más por servicio y amor es esta copaternidad, tanto más lo es entitativamente, humanamente.

Salimos. Nos despedimos.

Yendo calle abajo empecé a pensar: ¿cuántos seres queridos, conocidos, han empezado a existir gracias a mí?

Es decir, que sin mí nunca hubieran existido. Lo que vale, como dice mi amigo Julián, son aquellos casos en que mi concausalidad fue consciente, libre y por benevolencia. Sí;

¿cuántos?, ¿quiénes?, ¿dónde? He empezado a sentir la urgencia de descubrirlos, acercarme y darles, aunque no sepan ellos por qué un abrazo, un beso en su frente.

DETERIORO

HISTORIA 17^a

I. Renato: orgullo

II. Victorio: vanidad

III. Olegario: ambición

HISTORIA NÚM. 17

Nombre	Renato.
Edad	La mejor. Siempre cree que va teniendo la mejor. La más granada.
Datos	También supone que está sano. Totalmente sano en la existencia.
Historia	<p>Sin embargo esta Historia trata de una enfermedad. De una enfermedad del <i>ser</i>: Bastante endémica. Muchos la padecen o la han padecido. Algunos mueren con ella. Ni la muerte se la erradica.</p> <p>Renato sabe, con bastante y suficiente exactitud, lo que es él realmente en este mundo: su nivel de inteligencia, de cultura; su área de influencia social... Y está contento de ser, de haber llegado a ser lo que es. Está satisfecho de sí mismo. Siente que esto es más importante que el ser una cosa u otra, águila o gavián.</p>

Siendo lo que es, pero siéndolo plenamente, Renato menosprecia a los que no han llegado a ser lo que él es. Los mira despectivamente. Los maltrata llegado el caso; los usa, los margina.

Con sagaz prudencia se aleja –incluso se oculta– de los que él sabe son más que él, de los que lo aventajan en cualquier terreno: de la fuerza, de la estética, del saber... Experimentado, no quiere caer en el círculo de los que podrían tratarle despectivamente por serle superiores en algo.

Renato fabrica su mundo en el que él es el mejor. Rechaza a quien pudiera llegar a hacerle sombra. Lo fulmina lejos a tiempo. Ni siquiera desea llegar a tenerlo que destruir; sería demasiado honor para la víctima.

Renato, al final, se quedó solo.

Solo con su complejo de inferioridad óptico, aunque podía parecer que estaba rebosantemente feliz con lo que era. Y hasta es posible que ciertamente lo estuviera. Pero no le bastaban sus ramas y hojas. Querría absorber de la Tierra, por sus raíces, toda la absolutez de ser. Y quedarse soberbio, cual eucaliptus, aunque a su alrededor agostara, como éste, toda hierba.

Nombre	Victorio.
Edad	Siempre, a pesar de avanzar en el tiempo, cree que es más bien joven.
Datos	Los de lejos lo ven bastante simpático. Los de cerca, no tanto.

Historia

Historia de otra enfermedad de la existencia. Quizá contagiosa. Más banal que la anterior. La muerte la desenmascara y la purifica de ordinario. Como los catarros crónicos, es molesta y quita capacidad de trabajo. Y produce astenia. Victorio sabe bastante claramente lo que le gustaría ser y no es. Lo que no es y seguramente no lo será nunca. Aunque se esforzara, por sus propias limitaciones, probablemente no lo conseguiría. Además, como se ha indicado, la cierta pereza que conlleva este proceso le dificulta incluso el intentarlo. Intentar, siquiera, lo que de verdad es posible para él.

Pero tiene imaginación. Y algunas cualidades histriónicas que no le cansa y hasta le complace utilizar. Así da pie a que los que no le conocen bien o –son algo incautos– crean que en efecto es o posee aquello de lo que presume. Victorio en el fondo vive amargado, pues mejor que nadie –aunque quiera engañarse– sabe que no es lo que quiere aparentar que es. Busca con ansia crédulos para seguir alimentando su ficción. Y él también querría ser crédulo de sí mismo, creyendo al menos que los otros de verdad le creen. Y mirándose en este espejo de los demás que se fabrica, trata de convencerse que, en realidad, quizá sí puede ser algo parecido a esa imagen que ve reflejada...

Victorio, cuando está fuera de los suyos, de su casa, no está solo, no. Mucha gente le trata. Porque hace gracia. Divierte.

No ama la desnudez, la verdad. Se viste siempre con lo que no es. No percibe que esta túnica del *no ser* es invisible; y aún con ella todos acaban viéndole tal cual es. Y le ven con el gesto grotesco de aquel rey de la leyenda que nos

recogen muchos cuentos, que creía paseaba hermosamente vestido sin estarlo.

Esta vanidad es un complejo de insatisfacción distinto a aquel de Renato. Los que lo padecen, como Victorio, es gran pena que no lleguen a ser al menos, lo que realmente podrían llegar a ser. Tendrían menos *espectadores*, pero más verdaderos amigos.

Nombre	Olegario.
Edad	Siempre (es constante en sus puntos de vista, como los anteriores) cree que tiene por delante los años más fecundos y eficaces de su vida.
Datos	Ha ido por su existencia apartando decididamente las presiones y dificultades que surgían a sus lados, para poder avanzar, avanzar, hacia espacios más anchos donde ejercer su influencia y dominio.
Historia	Siempre se ha creído capaz de más y más. Conseguir un puesto destacado no ha sido sino el principio de buscar otra posibilidad de ámbito mayor, de más influencia, más poder, que él define generosa y humildemente de <i>mayor responsabilidad</i> . Afortunadamente se quedó viudo. Su mujer era buena y le quería aun sin comprenderle y sintiendo miedo de tanta ambición en su marido. Nunca hubiera dado motivos a Olegario para que éste hubiera pedido la separación o el divorcio. Ni ella lo hubiera solicitado en ningún caso.

Murió. Así nuestro personaje se ha podido casar con otra mujer más acorde con su *nivel social* actual, arduamente conseguido con años de lucha. Esta segunda esposa, por sus relaciones sociales, su fortuna, su propia ambición, le será un gran impulso. Los hijos habidos con la anterior son intachables; pero, lástima, se parecen más bien a la madre: pacíficos, felices, sin grandes apetencias. Olegario, ¿tendrá otros hijos con la nueva esposa? Ésta ya un poco mayor. Temen pudieran nacer con deficiencias, mongolismo..., ¡quién sabe! Pero se arriesgarán. Necesitan quienes les continúen con ímpetu.

¿Es feliz? Sí y no. Siempre ve que lo que es, no es aún lo que puede, quiere, llegar a ser. Es feliz porque está en camino de irlo alcanzando. Por eso no puede detenerse. Si lo hiciera dejaría de ser *algo feliz* que, al menos, es. ¡Trágico este no poder reposar! Reposar es perder oportunidades de realizar lo que se busca con impaciencia. El que reposa es porque está feliz con lo que tiene. Él, en cambio, es feliz, sobre todo, por pensar en lo que aún no tiene, pero cree que puede alcanzar.

Olegario, sin saberlo –ni admitirlo–, padece un terrible tercer tipo de enfermedad del ser. Más mitósico que el orgullo o la vanidad.

Cuando alguien se arriesga a decirle: «es usted ambicioso», él niega este cáncer, y responde: «No, de lo que yo padezco, es de esperanza».

LA IMPOTESTAD

HISTORIA 18ª

To-wo-hú: clarividencia desde
África

Germán: dudas desde Europa

HISTORIA NÚM. 18

Nombre	Dos personas en esta historia: To-wo-hú y Germán.
Edad	El primero nació después de la inundación que mató tanta gente en Tuiswa (por acontecimientos así cuentan sus edades). El segundo, 24 años.
Datos	Por mucha diferencia que haya en la herencia genética de unos hombres a otros, hay una frontera común que nos separa de los demás animales. Como decía Martín, el no suicida, somos un ser que habla, siendo capaces de interrogarnos y buscar sin fin las causas de todo. Hasta del ser.
Historia	Germán, español. To-wo-hú de los entresijos de África. Estudian en la misma Universidad. Los dos algún día también morirán humanamente, es decir, preguntándose –aunque quizá sin responderse– qué es y el por qué de la muerte. Ambos tienen su conciencia. Y su sentido de dignidad.

To-wo-hú convive con una azafata de las que trabajan en el aeropuerto, de origen alemán. Tienen un niño de cuatro años algo más blanco que moreno. Germán está casado con una oficinista hispanoamericana, que presume ser inca pura. Aún no tienen niños. Viven bastante felices las dos parejas, que comparten un apartamento en la ciudad universitaria.

Son de tres continentes. De tres matices de piel. De facciones distintas. Pero son humanos. Se hablan. Se aman. Discuten. Como aquellos niños de una plazuela cercana a aquel *pub* de Ricardo, hacen las paces.

A veces casi *filosofan*. To-wo-hú el que más:

- ¿Os imagináis un inmenso campo cuyos límites se escaparan a nuestra vista más allá de un circular horizonte?

Le interrumpió una estudiante asiática invitada esa tarde, y que ha hecho muchos viajes:

- ¿Como el espacio que vemos cuando, en alta mar, parece que el barco por mucho que adelante, siempre está en el centro de un círculo azul?
- Exactamente—To-wo-hú continuó—. Y este campo, que no sabríamos si es verde o terroso, porque estaría lleno de todos los hombres que han sido y son; apretujados para caber en él, pues a pesar de la inmensidad del campo, el número de los seres humanos es incontable...

- ¿Qué quieres decir con esto? –inquirió la esposa de Germán.
- Deciros que ni uno de esos millones a la enésima potencia –(To-wo-hú estudia matemáticas)– de seres humanos tiene, de sí, potestad sobre otro.
- ¿Nadie? –preguntó caviloso Germán.
- Nadie. ¿De dónde le vendría esa potestad? Los que parece que más podrían invocarla serían los padres. Yo sobre mi hijo Tubusa –(Tubusa significa fruto de verano).

Pero no; los hijos también son seres humanos, es decir, inteligentes, libres, responsables de sí mismos, dignos.

Los padres a lo sumo somos *administradores* de esa potestad que el hijo tiene desde su nacimiento sobre sí propio. A medida que vayan creciendo irán asumiendo parcelas de esta autopotestad hasta llegar a una madurez suficiente para asumirla toda. Y podrán pedir cuentas a sus padres de cómo han administrado durante su minoría, este sumo bien que les pertenece: su libre albedrío.

Lo jurídico occidental hace pasar de la noche al día, en un esquema racionalista-matemático, esa *mayoría de edad*. La jornada anterior el hijo no tiene ninguna potestad reconocida. Horas después tiene todas las responsabilidades. Los juristas han buscado el paliativo de ir rebajando la edad de esa *mayoría de edad*. Pero la vida evoluciona de otra manera. Desde que nace, el niño va asumiendo sus movimientos, sus deseos, sus iniciativas, sus

responsabilidades y patalea defendiendo sus derechos. Gradualmente. Como en el alba, no se hace de día de pronto. El hombre tiene un progresivo amanecer. Y los mayores tienen desde el principio que ir respetando esta ascendente mayorización de edad.

La lucha de generaciones, la freudiana muerte del padre, tienen su origen en este doble falso concepto: creer el padre, que tiene potestad en sí por haber engendrado al hijo. ¡Y qué poca cosa ha hecho para *construir el hijo*, en sus huesos y órganos, en realidad! Y segundo, creer que el hijo no tiene ninguna potestad sobre sí mismo hasta la Hora Cero de su año 18.

¡Qué inútiles, cruentos, trágicos forcejeos entre padres e hijos!

- Bueno, pero, ¿y Dios? —pregunta la moderna inca—. Tú, To-wo-hú, dices que crees en Dios.
- Me extraña que hagas tú esta pregunta, tú que además de creer en Dios te llamas cristiana. Vosotros decís que Dios creó todo; y os hizo libres. Teniendo potestad sobre todas las cosas, no quiso tener potestad alguna sobre el hombre. Decís que no sois sus esclavos, que os llama amigos. Que os ha redimido, pero que respeta que queráis acogeros a este beneficio... Donde se da y respeta la libertad no hay potestad de unos sobre otros. Y mal se puede delegar lo que uno no ha querido tener.
- Esta mañana, como todas —comentó Germán—, he tomado el metro para ir a la Facultad. Me ha parecido

muy bien la autoridad que tenía el empleado para abrir las puertas en el momento oportuno, cerrarlas antes de que arrancara el convoy, etc. ¿Tiene potes-tad o no para hacer esto?

— Por el bien de todos los usuarios, éstos a través de la compañía implícitamente se la dan, porque ésta misma, implícitamente, también se lo pide, y supone al menos que se la dan. Si uno no quisiera, es libre de ir por otro medio de transporte. O de no ir.

— ¿Toda autoridad es igual?

— Yo puedo, con mi afán y mi esfuerzo, fundar algo —una empresa, una institución— para conseguir, o conseguir mejor, un fin determinado. Un buen fin, se supone. Yo puedo poner reglas de juego, condiciones para que el que quiera colaborar y beneficiarse de mi acción, participe en ella de modo adecuado y eficaz para todos. Pero es libre de venir o no.

Todos los que alguna autoridad tenemos, somos más o menos serviciales abrepuestas; o abridores de una *tienda* de ideas, de cosas, de amor.

— ¿Nada más? —insistió Germán.

— Nada más. Y es un gran amor y un gran honor ser nada más que eso.

To-wo-hú tomó a su hijo blancuzco y acariciando su pelo ensortijado le dio un beso en la espalda. La estudiante asiática —todos le decían que ella lo hacía mejor que nadie— empezó a preparar el té. Empezaba a declinar la tarde.

PARTICIPACIÓN

HISTORIA 19ª

Gemma y Dionisio:
centros universales que hablan

HISTORIA NÚM. 19

Nombre	Gemma, Dionisio.
Edad	Final de la juventud. Antes de los 30. Cuando ya se ha podido saber lo que es sentirse hondamente solitario.
Datos	Se desconocían. Un día se encontraron. Otro día les encontré. Ya eran pareja. Trabajamos juntos en un proyecto de ayuda a marginados de la <i>tercera edad</i> .
Historia	Descansando al césped y al sol de un parque, después de unas ajetreadas visitas que habíamos hecho por la mañana, me habló Dionisio de su experiencia de cuando estaba solo, de <i>antes</i> de conocer a Gemma.

— Permanecía fundamentalmente en mí. Veía las cosas con mis propios ojos. Las almacenaba en el desván de mi memoria. Las juzgaba con mis afectos. Y con mis defectos.

Aunque no quisiera, era yo el centro del universo. Por supuesto que los demás también se sentían lo mismo; otros muchos como yo, también se sentían el centro de todo. Pensaba que no podía ser de otro modo.

Lo ocurrido antes de nacer uno, era *pre-historia*. Sólo lo personal era verdaderamente histórico. Todo el pasado, por miles de años que comprenda, no tiene más profundidad que las bambalinas de un teatro. La sucesión de los Emperadores romanos caben en la página de un libro. Y que así fuera resultaba hermoso. Así el libro, en cambio, podría dedicarse a ser más minucioso sobre todo lo ocurrido en nuestros 20, 25 años personales...; pero más hermoso aún, fue el *encuentro*. Que dos o más personas se hallen, se amen, se reúnan tanto en amistad, que vayan siendo como una. La memoria de las cosas se va haciendo común; y ese desván, sala de estar. Se juzga ya con otras luces y otros matices. Se ven las cosas reflejadas en el otro... Cada astro puede considerarse centro del Universo, ya que éste es prácticamente infinito para nosotros. Y el encuentro de dos que se aman es como si dos estrellas hasta entonces cada una centro de todo cielo, se juntaran y formaran un solo centro, pero más denso, cada vez más compacto, más luminoso. Y cada vez con más fuerza de atracción a su alrededor.

Gemma intervino:

- Es verdad. También la humanidad es prácticamente ilimitada para cada uno. Así cualquiera, todos, podemos considerarnos también centro de todos los hombres. Sólo las cosas limitadas tienen un único punto céntrico. En el conjunto de los pueblos que desborda todo horizonte –que nos has contado dice tu amigo To-wo-hú–, cada pueblo y cada persona se puede considerar el eje de todo. Más aún, uno mismo no puede dejar de considerarse así. Y yo creo que para cada uno, eso no es malo. Lo malo sería no permitir o no comprender que los otros se sientan y sean, ejes de todo y también para ellos mismos. Lo hermoso, como señala Dionisio, es ir unos hacia otros fundiendo nuestras respectivas coordenadas y hacer de nuestro centro uno cada vez mayor, para sentirnos menos solos en este universo tan grande y sin límites. Para que sea un ámbito dialogante. Una plaza de humana y cálida compañía...

Dionisio retomó la palabra con una anécdota precisa, él siempre tan concreto en los trabajos que emprendíamos:

- Las ciudades, los campos, están llenos de Centros así: Centro Recreativo «Los Nogales», de «la Amistad», benéfico para «Niños huérfanos»... Centro... ¡Centro!... ¡Todo el mundo puede ser y es centro del Universo!

* * *

Después de las tareas de la tarde me invitaron a su casa a cenar. Luego los tres, en un dos por tres, limpiamos los platos y todo, en el pequeño office-cocina de su diminuto pero bien distribuido apartamento, tipo de vivienda asequible a los administrativos de tercer rango como era su caso, de la organización internacional donde ellos trabajaban. Habían discutido poco antes, durante el final de la cena, si era mejor ofrecerme la fruta antes o después del flan que había confeccionado ella y que también tenían preparado.

Yo con humor les pregunté si ellos, a pesar de formar un centro tan compacto, discutían a veces.

- Sí—contestó Dionisio—. Y siempre los dos tenemos razón.
- ¿Cómo? ¿Aunque opinéis diferente?
- Toda la gente tiene razón. Todos tienen su conciencia y en general obran de acuerdo con ella, tal como ella está al menos en el momento de obrar. Lo que no quiere decir que esa conciencia personal escape del apasionamiento o del error. Pero aún con apasionamiento o equivocadamente han decidido *según conciencia* con los datos que tenían en su mano. Cuando dos personas o más discuten sobre un mismo hecho, casi siempre es porque tienen datos que el otro no conoce. Y viceversa. Si ambos conocieran los mismos datos, decidirían en general lo

mismo, porque la *conciencia humana* es muy semejante.

- ¿Acaso tú y Gemma no tenéis los mismos datos sobre la fruta y el flan?

Dionisio rió:

- Es que un dato a tener en cuenta son los gustos personales de cada cual. Si los demás conocieran los míos, los incluirían en su juicio aunque no los compartieran. Y aunque quizá no todos eligieran lo mismo estarían de acuerdo en comprender el deseo o la actuación de los otros.

Gemma afirmaba también:

- Todos tenemos razón. Cuando entre Dionisio y yo hay discrepancias y, sobre todo cuando la decisión a tomar afecta a terceras personas que nos incumben, sabemos que es mejor no acalorarnos. Nos sentamos para intercambiarnos primero todos los datos que tenemos y las razones para su específica valoración. Así ambos completamos todo el abanico de realidades sobre la cuestión tratada. ¡Qué fácil es entonces ponerse de acuerdo!
- Acaso. Pero –exclamé–, ¡ello conllevará frecuentemente mucho tiempo!
- Sí; puede ser largo este intercambio de datos.
- Pero al final se ahorran energías y paradójicamente ¡hasta tiempo! Y la alegría no se deteriora, sino

que aumenta al ponernos de acuerdo, a veces, súbitamente como *por ensalmo*.

Aún un poco escéptico, pregunté:

- ¿Qué tomaré primero la próxima vez que me invitéis? ¿La fruta o el dulce?
- ¡Lo que prefieras! Estamos de acuerdo hasta contigo. ¿Ves?

EFERVESCENCIA

HISTORIA 20^a

Antonio: la irisación del ser

HISTORIA NÚM. 20

Nombre	Antonio.
Edad	23 años.
Datos	El más alegre del grupo. Cada día un chiste nuevo. Y agudo. Un estallido de colores y sugerencias.
Historia	Ese día hablaba en serio y los demás no se lo creían. Suponían que era la broma de turno. Habíales preguntado: ¿Cuántos son dos y dos? La cosa era tan obvia que no le contestaron; además temían caer en una trampa humorística de las suyas.

— ¡Qué os lo pregunto de verdad! Yo mismo estoy asombrado. Me he dado cuenta de que dos y dos no son siempre cuatro.

En los oyentes seguía el escepticismo. ¿Qué querrá decir? ¿Qué estará tramando?

- Ya veo que no me hacéis caso. Peor para vosotros. Pero dos y dos no son siempre cuatro; pueden ser ocho.
- ¿Tan temprano y ya has bebido, que ves doble?
- No; no es eso. No entendéis.
- Si no te explicas...
- Dos y dos son cuatro en abstracto, pero no en concreto.
- ¿Cómo no?
- Ved: dos melocotones y dos melocotones no son cuatro melocotones, porque la semilla que lleva cada uno, plantada puede dar muchos, innumerables melocotones más.

Hubo un momento de silencio hasta que todos echaron a reír. Uno intervino:

- Bueno, pues, pongamos dos piedras más dos piedras; eso sí que dan cuatro piedras.
 - Tampoco –contestó rápido Antonio. Pues estas piedras las partes y los trozos siguen siendo piedras, con lo cual aquella suma no ha dado cuatro sino siete o nueve piedras. Las matemáticas sólo son verdad en el campo de la abstracción, pero entonces no son nada más que fantasmas. En cambio, cuando se meten en las cosas ya no son verdad del todo...
- Si no decidme. Un ser humano más un ser humano, ¿cuántos son?, ¿dos? No. Si se odian seguirán

siendo uno más uno. Nunca podrá hacerse la suma y decir ¡dos!

- No le falta razón –sugirió un estudiante de sociología–. Yo siempre lo digo: ¡Encuestas! ¡Bioestadísticas! Como si los *síes* fueran todos iguales. Cada persona tiene un nivel diferente de conocimientos de problema, una actitud vital distinta, un grado de apasionamiento propio, una presión sugestiva o un grado de seriedad y responsabilidad desiguales... En cambio, al final, todas las respuestas se ponen en un mismo saco y lo puramente numérico traiciona y falsea la realidad profunda.
- Es verdad –terció la que ya conocemos, cuyo padre es avaro–. Con el dinero ocurre algo parecido. Cien monedas son cien monedas, pero al convertirse en una chuchería inútil o una medicina que te mejora, una herramienta de trabajo o un regalo lleno de amor, el valor de estas monedas es muy diferente aunque esas cosas *valgan* lo mismo. Yo sé bien que el avaro, que tiene una montaña de dinero, cree que lo tiene todo porque precisamente no tiene nada. El día que adquiere algo en concreto, se siente desolado porque si bien tiene *aquello* ha dejado de poder tener todo lo demás. Al concretarse el dinero, para unos la suma se empobrece, para otros se multiplica.

Uno tomó a su amiga y le dio dos besos en cada mejilla:

- ¿Cuántos besos te he dado?

Ella sonrió:

— Pocos. Pero valen infinito.

DEL PLACER

HISTORIA 21^a

Jordi: su brújula

HISTORIA NÚM. 21

Nombre	Jordi.
Edad	22 años.
Datos	Uno del grupo de Antonio, de los de la historia anterior.
Historia	<p>Me vino a ver preocupado. Fue él, el que me contó la <i>agudeza</i> de Antonio que acabo de reseñar. Y es que ese al parecer cómico problema de la veracidad de las matemáticas en abstracto, pero no tanto en concreto, le planteaba un problema más hondo y serio: <i>la verdad</i>.</p> <ul style="list-style-type: none">— Con la verdad pasa igual –dijo–. Buscamos y buscamos la verdad de las cosas. Y la verdad sólo está en la abstracción. Y entonces es como una fría tautología. En mí, en cambio, yo sólo tengo evidencia de mi bien. Mi bien es mi verdad concreta.— Pero sólo en la verdad objetiva descansa y se goza nuestra inteligencia.

- ¡Bah! ¿Cómo voy a separar *en la realidad* mi inteligencia del resto de mí? Creo que al buscar la verdad por los caminos abstractos nos alejamos de lo que somos, de la vida. Alcanzamos fantasmas de verdades y aún los matamos. Sólo tenemos cadáveres de fantasmas. Apariencias de verdades inanimadas.

Yo estaba un poco perplejo oyéndole. Siempre me había parecido muy normal buscar la verdad objetiva y como tal. Jordi prefiere buscar su bien.

- ¿Cómo sabes que el bien que sientes es un *verdadero bien*?
- Si algo es bien para mí, ¿cómo voy a dudar de que es un bien? Y, ¿cómo voy a dudar, precisamente porque es un bien, de que es verdad? Pero no una verdad abstracta, sino real.
Máxime cuando veo que mi bien también es un bien para los demás. Y eso sin contar con todo lo que dicen de la causa del doble efecto que tolera males menores y hasta iguales.
- ¿Y no coinciden ambos tipos de verdad, la abstracta y la real?
- ¡Qué va! Pasa como en las sumas de Antonio. La realidad de los melocotones o las piedras no coinciden con el cuatro de la suma abstracta.
La *realidad* es distinta, llena de posibilidades y sorpresas.

- ¿Y no iríamos a la deriva si renunciamos a alcanzar y conocer la verdad, aún abstracta?
- Más bien nos apartará de conocer la realidad tal cual es. ¿Qué sabe el matemático de la botánica y de su misterio? Una persona real que ama, es más *la verdad* y es más orientadora que una etérea verdad que sólo tiene el ser de su propia entelequia. Sólo al realizarse se hace densa y multicolor.
- No te entiendo. ¿Cómo puedes ir por la vida sin buscar detrás de las cosas su verdad, si quieres no abstracta, sino recóndita?
- Su verdad no está detrás, sino *en* ellas mismas.
- ¿Y no es esto otra tautología?
- No, porque la cosa es lo que es, más lo que puede llegar a ser; como los melocotones, llevan semilla dentro.
En cambio las verdades abstractas, al no tener misterio dentro, al no poder crecer, son fijas: lo más contrario a la vida y a la realidad. Son menos que los muertos que va dejando la gente al marchar por el mundo; al menos aquellos fueron reales-reales alguna vez. Ese tipo de verdades sólo merecerían, acaso, mausoleos vacíos.
- Repito que no entiendo. ¿Qué sería de mí sin mis verdades?
- No sé. Lo que sí sé es lo que será de usted si sólo se queda con sus fantasmas.
- ¿Qué?
- Casi un fantasma más.

Quedé meditando un momento. No podía dejar de sentirme como un cojo de las dos piernas: un antiguo poliomelítico que sin bastones le es imposible caminar. La verdad, las verdades, para mí son, al menos, como esos bastones ortopédicos. Así lo dije a Jordi.

- Claro, porque usted prefiere andar así que intentar el esfuerzo de sanearse, es decir, de buscar su verdadero bien. Mejor: su bien verdadero. ¡En éste encontraría, sin posibilidad de equivocarse, su verdad! Y también intuir —¿cómo, si no?— lo que es bien para los otros. ¡En el bien suyo y de los demás encontrará, sólo ahí, la verdad!

DEL SER Y SU SECRETO

HISTORIA 22^a

Plutarco, Daría, Jimena:
... amor, amor.

HISTORIA NÚM. 22

Nombre	Plutarco, Daría, Gimena...
Edad	Todos, edad de alumnos de Residencia Universitaria.
Datos	De México, de Argentina, de España...
Historia	<p>Se ríen cuando Gimena, la española, dice palabras que, unas en México, otras en Argentina, tienen significados distintos y casi siempre un tanto pornográficos: fresco, coger...</p> <p>Pero esos malosentendidos por semántica son juegos inocentes. Otra cosa peor descubren estos estudiantes de diversas nacionalidades hispano-parlantes; y es que a pesar de usar un lenguaje común, muchas veces no se entienden. No saben exactamente qué quieren decir los demás; qué vivencias, sentires o conceptos hay detrás de unas mismas sílabas fonéticas. Se diferencian las palabras no sólo por el acento con que se pronuncian, sino por algo más profundo, misterioso, inexplicable...</p>

Sin embargo, por la convivencia surgen muchas amistades, amores incluso. Y cuando se aman, se entienden. Se entienden en la medida de la hondura y sinceridad de su amor, de su espíritu de servicio, de su mutua entrega.

Gimena, Daría, Plutarco y tantos otros discuten en poligonales mesas, temas de cultura, de política, de arte, de sociología... No se entienden; no logran conclusiones unánimes. Parece que hablan *lenguajes diversos*.

Cuando Gimena, Daría, Plutarco, salen con sus respectivas parejas (Raúl, Antonio, Mariella, de otras tantas nacionalidades), con menos palabras y hasta con prolongados silencios, se comprenden, proyectan, sueñan, coinciden en una misma plaza mayor de sentires, aspiraciones y pensamientos. ¡Hasta las tres parejas se entienden más fácilmente entre sí! Incluso hablando ahora los seis de los mismos temas conflictivos de horas antes. Ahora forman una amigable *mesa redonda*, sin las esquinas de los lados poligonales del mero individualismo.

Si las gentes no se quieren, no se entienden. Aunque puedan creer que sí. El que las palabras sean y les parezcan las mismas, constituye más bien una trampa. Hablan en códigos diversos. La verdadera comunicación del ser pasa por el aprecio. Las ideas y sus palabras son como la electricidad: necesitan del cable que une las dos laderas, el hilo de la buena querencia.

Sólo así las palabras se hacen transparentes, sin epiqueyas ni restricciones mentales, y podrán llevar al hombre, a Gimena, Daría, Plutarco..., a plenitud. A que sean lo que son en germen y pueden llegar a ser. A que se sean lo que en realidad ya se son.

Daríá preguntó:

- Cierto que si nos queremos, nos entendemos y nos llegamos a saber tal cual somos. Pero querer, quererse, es una cosa muy seria. ¿Cómo sin entender a una persona, sin conocerla en realidad por tanto, puedo empezar a quererla? Y si temo empezar a quererla, porque no sé en verdad como es, ¿nunca podré llegar a conocerla!
No puedo amar lo que no conozco me han dicho en el aula.

Plutarco sonrió:

- Yo he pensado muchas veces en este círculo vicioso. Si no amo, no conozco. Pero sin conocer no puedo amar.

Mariella preguntó a su vez:

- ¿Y has logrado romper este cerco? Cuando empezamos a salir juntos me dijiste pronto que me querías, ¿y no me conocías casi nada!
- Sí. Rompí este cerco. Un día oí que para empezar a amar no era necesario conocer el objeto amado. Me bastaba saber una cosa.
- ¿Cuál?
- ¡Que esa persona era digna de ser amada! Y eso lo sé porque otros que amo y me aman y no pueden querer engañarme ni yo puedo dudar de ellos, me

dicen que ese tercer objeto o persona es digno de verdad de ser amado por mí. ¡Saber esto me basta para lanzarme a amar aun a tuestas! Sé que cuanto más ame más iré descubriendo la realidad amable de lo que amo.

- ¿Y quién te dijo que yo era digna de que me quisieras?
- Tus amigos, la gente. Y... quizá te diría que para ser digno de amor, basta casi sólo con existir... Con existir realmente.